

33
LAS LEYENDAS EN LA HISTORIA DE LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA.

DISCURSO

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1905 Á 1906

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA

POR EL

DR. D. FRANCISCO DE P.^a VILLA-REAL Y VALDIVIA

DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Y CATEDRÁTICO NUMERARIO DE HISTORIA DE ESPAÑA.

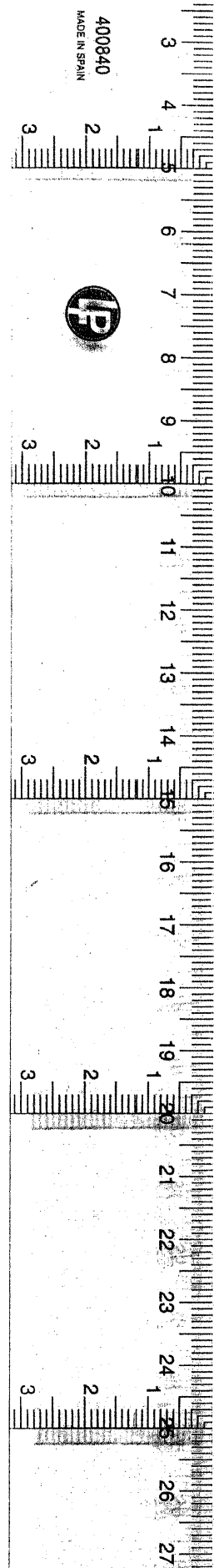
C-35-1 (33)



GRANADA

TIP. DE INDALECIO VENTURA LÓPEZ

1905.



400840
MADE IN SPAIN

33
LAS LEYENDAS EN LA HISTORIA DE LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA.

DISCURSO

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1905 Á 1906

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA

POR EL

DR. D. FRANCISCO DE P.^a VILLA-REAL Y VALDIVIA

DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Y CATEDRÁTICO NUMERARIO DE HISTORIA DE ESPAÑA.

C-35-1(33)



GRANADA

TIP. DE INDALICIO VENTURA LÓPEZ

1905.

LAS LEYENDAS EN LA HISTORIA DE LA EDAD MEDIA ESPAÑOLA.

R. 22912

DISCURSO

LEÍDO EN LA

SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1905 Á 1906

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA

POR EL

DR. D. FRANCISCO DE P.^a VILLA-REAL Y VALDIVIA

DECANO DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Y CATEDRÁTICO NUMERARIO DE HISTORIA DE ESPAÑA.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento <u>244869</u>
N.º Copia <u>244874</u>

88
27



GRANADA

TIP. DE INDALECIO VENTURA LÓPEZ

1905.



Excmo. é Ilmo. Sr.

SEÑORES:

HACE treinta y ocho años que, al salir de las aulas de Filosofía y Letras, comenzaba con entusiasmo mi carrera profesional, amorosamente presentado al claustro y discretamente dirigido por mi sabio maestro D. Leopoldo Eguílaz, gloria de esta Casa, y gloria también de las letras patrias, único de todos mis profesores á quien ^{yo} he sobrevivido, el que despertó en mí las aficiones á la enseñanza, y á quien, aprovechando este solemne momento de mi vida académica, he de dedicar un expresivo recuerdo, que sea á la vez símbolo de profundo respeto y de acendrado cariño.

De entonces acá, todos los años he escuchado con sigiloso respeto las brillantes oraciones leídas desde este sitio por ilustres maestros, ó compañeros queridísimos, que quedarán á perpetuidad como un monumento en esta casa levantado á la ciencia, en las que no he sabido qué admirar más, si la belleza de la forma, ó la sublimidad de los conceptos en las mismas desenvueltos; y conceptuando siempre estos trabajos como uno de los empeños más delicados y difíciles de nuestra labor docente.

Por eso hoy, al venir á cumplir un precepto de la ley y un mandato de nuestro jefe, si no sentí vacilaciones en aceptar tan difícil encargo, por no tener por costumbre volver la espalda nunca al cumplimiento del deber, lo he de realizar con el temor

natural del que, sin aptitudes propias y sin más garantías que las del cargo que desempeña, ha de llevar hoy la voz de esta Universidad insigne, en el solemne momento de la apertura del nuevo curso académico, para ofrecer á vuestra consideración algo que se relacione con los estudios que cultivamos y que sea digno de vosotros y del acto hermoso que hoy se celebra.

Para ello cuento con la ayuda de Dios y con la vuestra. De la primera tengo segura confianza, que nunca en los azares de mi trabajada existencia me negó el cielo sus favores. De la vuestra tampoco puedo dudar, pues me la garantiza esa bondad, compañera inseparable del saber, que refleja en vuestros rostros la cariñosa benevolencia con que estais dispuestos á escucharme.

Animado con esta confianza he de acometer la empresa, en este momento en que la primer casa de estudios de Granada abre sus puertas y recibe con gozo la nueva generación de alumnos, que alegre y bulliciosa se presenta, ávida de otros conocimientos y de otras costumbres escolares, distintas en absoluto á las que dejaron para siempre; como que aquí comienza para ellos el verdadero cultivo de la ciencia especial á que se han de dedicar, y en su estudio han de desarrollarse, entre trabajos y alegrías, su lozana juventud y los mejores días de su vida.

* * *

En estos momentos, Sr. Excmo., no se debía respirar aquí más que el dulce aliento del placer y de la alegría. Todo cuanto nos rodea parece convidar á los plácidos deportes de la inteligencia, y á las puras complacencias del alma. Venimos con nuevos alientos y con entusiasmos nunca adormecidos á continuar nuestro hermoso trabajo, al que nos llamaron nuestra vocación y nuestros afanes. Hoy recojen sus premios los que fueron nuestros alumnos que, con el codiciado diploma, llevan compensados sus esfuerzos y desvelos para obtenerlos. Los nuevos llegan ganosos de triunfos y afanosos para el trabajo. Todo debiera ser alegría y contento entre nosotros.

Más ¡ay! que consecuente con la ley eterna de la vida que, cer-

cana al placer pone la pena, hoy se oscurecen todas nuestras alegrías con solo notar que hay cuatro sillones vacíos en ese Claustro, que si negros crespones no señalan su falta, los negros crespones del dolor, que anidan en nuestra alma, son signos evidentes de la pérdida dolorosísima que, por destino providencial, hemos sufrido en el espacio de un año.

Aún me parece estar viendo, en sitio preferente y merecido de ese estrado, á un anciano respetable, de viva y penetrante mirada, que no pudo amortiguar el peso de los años, y que era signo evidente de la gran riqueza intelectual que le acompañó hasta los últimos momentos de su vida. Ese sabio maestro, el más antiguo de todos nosotros, el que por espacio de medio siglo ocupó una Cátedra en nuestra Facultad de Medicina, gloria de la Cirujía Española y modelo ejemplar de profesores, fué D. Eduardo García Duarte, perdido para la Ciencia á mediados del pasado curso.

¡Qué he de deciros de él que no sepais! No salió nunca de Granada desde que fué Catedrático, en ella sólo explicó y jamás tuvo ambiciones que le hicieran soñar con los ascensos á que otros aspiran. Rector de nuestra Universidad, Decano de su Facultad, fué celoso cumplidor de sus deberes, y puede citársele, con orgullo, como uno de los más notables entre los Profesores Españoles. El trabajo fué la ley de su vida; no faltó un solo día voluntariamente á clase; su Cátedra fué antes que todo; y, apesar de su larga visita, tuvo tiempo para otros trabajos que hoy se consultan como ejemplos de experiencia profesional, por sus compañeros y por sus discípulos.

Sus condiciones de carácter le granjearon las públicas simpatías; sus prendas personales le hicieron ser de todos estimado; y el ejercicio diario de la caridad le rodeó, durante la mayor parte de su vida, de una celestial guardia de honor con las Hermanitas de los pobres, sus buenas vecinas que, con sus deudos y discípulos, no le dejaron hasta que recibió su cuerpo cristiana sepultura.

Aún queda otro sillón vacío en ese estrado. El que ocupaba el veterano Profesor D. Florentino López Jordán, Decano de la Facultad de Farmacia. Dedicado á la enseñanza desde la crea-

ción de esa Facultad en Granada, era hoy el depositario del espíritu de amor y de entusiasmo que por ella siempre tuvo aquél sabio ilustre que la formara, y á cuya sombra fué alcanzando los merecidos prestigios de que goza.

Granadino de pura raza, entusiasta de su Ciudad y de su Universidad querida, ha pasado su vida toda entre su Facultad y su casa, siendo adorado de sus discípulos, y amado y respetado por sus profesores, que nunca vieron en él un Jefe, sino un compañero cariñoso, que estimaba su jefatura como un accidente y el compañerismo como un supremo lazo que unía su corazón y su alma, con afecto imperecedero, con los que sirvieron á sus órdenes.

Simpático por naturaleza, cariñoso con todos, y celoso cual ninguno en el cumplimiento de sus deberes académicos, nunca pensó en dedicar su actividad á lo que fuera ajeno á la enseñanza, dejando ahora un nombre puro y respetado y una inmensa generación de alumnos, de los cuales muchos llegaron á ser sus compañeros y que hoy, llorando su pérdida, son lenguas entusiastas que pregonan su fama, como diligente botánico, y sus particulares aptitudes para el magisterio.

Otro Profesor esclarecido hemos perdido también; el docto Catedrático de la Facultad de Derecho D. Francisco de P.^a Blanco y Constans, á quien traidora y larga enfermedad fué minando su trabajada existencia hasta hacerle morir, en lo mejor de su vida, y cuando más frutos pudieran esperarse de su privilegiada inteligencia.

Dedicado desde niño á la enseñanza, ésta constituyó todo su encanto, y se creyó feliz cuando pudo ser trasladado á su adorada Universidad granadina, desde la insigne Compostelana donde primeramente sirvió como Numerario.

Todos recordais sus trabajos en la Academia de Jurisprudencia, y los que llevó á cabo como Presidente del Liceo, amparando el desarrollo de la literatura y el arte. Más el monumento hermoso que dejó en su paso por la vida de la ciencia fué su celebrada obra de Derecho Mercantil, que es estimadísima por todos los cultivadores de estos estudios.

De carácter angelical y caballeroso, no dejó tras de sí resquemores de ningún género, quedando su nombre profesional como de los más queridos y estimados entre los que fuimos sus maestros, entre sus compañeros y entre sus discípulos.

Todavía os he de señalar otra pérdida de no menor importancia en el concepto académico: la del Sr. D. Eduardo Ávila y Cortés. Modesto obrero de la ciencia, formaba en la meritísima y trabajada clase de Profesores auxiliares, (á la que siempre me honraré en haber pertenecido los mejores años de mi vida), y entre los trabajos del laboratorio, los secretos del análisis y la explicación de Cátedras de su sección en la Facultad de Farmacia, pasó honrada y cristianamente su vida, alternando con la diligente vigilancia con que preparaba los medicamentos en su botica, de gran clientela y general estimación, por la confianza que á todos inspiraba su celosa actividad al frente de la misma.

Ya veis, Sr. Excmo., si había motivos para entristecernos con tan dolorosas pérdidas de Profesores como las que hoy lloramos. Más estas amarguras pueden tener algún consuelo recordando sus merecimientos y sus virtudes, como hemos hecho, cumpliendo como compañeros y como cristianos. Ahora, como cristianos y como compañeros, impetro de vosotros una oración piadosa para sus almas y un cariñoso recuerdo para su dulce memoria.

* * *

Y vamos ya al asunto de mi discurso.

No vacilé un momento para elegirlo.

Profesor de la Universidad de Granada, de esta tierra de legendaria historia y de tradicionales recuerdos, enamorado de todo lo que se relaciona con la tradición y con la leyenda, como factores importantes de la historia, á cuya enseñanza vengo dedicado con afanoso empeño, y queriendo someter á vuestra superior ilustración un tema simpático para todos y de todos conocido, por el interés nacional que en él se advierte, pensé desde luego, y así voy á hacerlo, trazaros á grandes rasgos, que otra cosa no permiten apremios de tiempo y la respetuosa con-

sideración que me merecis, "*el valor y alcance de algunas tradiciones y leyendas en la Historia de la edad media Española*".

Tema es este, Señores, donde el concepto literario se une al histórico; donde os presentaré, con consideraciones someras y pobres, que al fin son más, la grandeza de esas leyendas, encarnación del espíritu de todo un pueblo, mágica creación de sus bardos y cantores y monumentos hermosos algunas de ellas, de nuestra literatura nacional; traducidas siempre en hechos históricos, fantaseados unas veces y sublimados otras, por nuestra imaginación meridional, pero al cabo, representación gráfica de los gloriosos días de vida esplendorosa de esta nuestra querida patria española.

Y si toda nuestra historia presenta por doquiera ejemplares notables de estas reminiscencias populares, desde los tiempos primitivos en adelante, este factor histórico se agranda y embellece durante el transcurso de los tiempos medioevales que, por las razas y gentes distintas que pueblan nuestro suelo, es el período más apropiado para que tengan todo su desarrollo y se forme con ellos un arsenal preciado de recuerdos nacionales que sirvan al historiador, ayudado del severo escalpelo de la crítica, para asentar, sobre bases ciertas, el fondo de verdad y de grandeza que todos contienen, aún las que se presentan rodeadas de los fascinadores encantos de la poesía, ó vestidas con el sencillo ropaje de la conseja popular.

* * *

La leyenda, la tradición y la historia propiamente dicha son los tres factores importantes con los que se ha exteriorizado siempre la vida de los pueblos, bajo forma maravillosa la primera, con sencillos relatos de padres á hijos la segunda y con forma apropiada de severa narración la última, pero coadyuvando todas, de modo admirable, al fin último de difundir por el mundo los sucesos pasados, realizados por la humanidad en el cumplimiento de su providencial destino.

La leyenda nace siempre de la propensión que el hombre tiene

á enamorarse de lo maravilloso. — Por eso ha existido en todas las sociedades. — Y aunque tiene gran semejanza con el cuento se diferencia no poco de él en su fondo y en su forma, y en la manera de escoger los personajes, más ó menos fantaseados, según la imaginación del escritor ó del poeta. Pero es de tal importancia y significación que precisa conocer, por lo menos, el espíritu que anima sus leyendas, para conocer la historia de los pueblos.

Por eso está la leyenda siempre cercana á la historia, y hay quien asegura que forma parte de ella; como que, según expresión apropiada de un historiador contemporáneo, es como su espíritu que la completa y embellece, dando lugar casi á la formación de dos historias paralelas y correlativas, la legendaria, la del pueblo, la de la poesía, al lado de la oficial, la del Estado, la de la crítica, depurada de errores y exenta de los adornos y seductores atavíos con que aquella se halla embellecida.

Nuestra patria, como ninguna otra, puede presentar tan singulares ejemplos. Los relatos de las leyendas señoriales y de las romancescas adquieren tal renombre y se presentan con tal valía, que no es extraño verlos aparecer como engendro de la verdadera historia y tronco y raíz de nuestra literatura: y de tal modo llegan á simbolizar las aspiraciones populares y la personificación de sus héroes favoritos que, á veces, hacen palidecer la figura de los Reyes y llenan todo el período histórico en que realizan sus hazañas.

La tradición, por su parte, contribuye de modo particularísimo á la realización de los fines históricos. Referidos los sucesos oralmente, de generación en generación, fué medio de transmisión único antes de la escritura, y después, coetáneo con ella, engendró formas literarias de belleza inapreciable y contribuyó á formar la historia que, más tarde, depurada de falsedades y de fantasías, ha de escribirse para conocimiento exacto de los hechos en los tiempos posteriores á su realización.

Siempre aparece la tradición plagada de errores y sin conexión de causas y efectos; como que el narrador solo se propuso despertar la atención de los oyentes, sin importarle nada la absoluta veracidad de los sucesos y, más atento al lujo de detalles

deslumbradores y minuciosos, no se cuidó de la efectividad de los hechos ni de su realidad propiamente histórica.

Más no se crea por esto que es dato despreciable para el historiador, por concienzudo que este sea, el que provenga de la tradición oral: que, á veces, de ella pueden deducirse consecuencias inapreciables, y, al desenterrar del olvido de los tiempos recuerdos tradicionales, se trasladan á los presentes aquellos hechos que se refieren con todos los encantos y verdad en el fondo, que facilmente podrán adaptarse á los momentos en que se estudian, teniendo en cuenta las alteraciones obligadas de lugar y tiempo.

La historia propiamente dicha, auxiliada de estos elementos y de otros muchos, realiza su alta misión educadora de los pueblos; pero no puede hacerlo hasta que la nación está formada, su personalidad bien definida y despertada su conciencia popular. Por eso el Rey sabio, al escribir la gran obra de su *Crónica general de España*, une á todos los materiales antiguos y casi coetáneos que le sirvieron de arsenal para escribirla, los *cantares de gesta*, como depositarios de muchos acontecimientos, cuya memoria no se encontraba en otra parte.

Las crónicas sirvieron también mucho á nuestros antiguos historiadores para formar sus historias, pues que á ellas se acudía siempre para buscar los minuciosos detalles y la indicación de nombres y de fechas, que de modo alguno pudieran conocerse más que utilizando estas fuentes históricas.

Y así fué naciendo nuestra historia, desde los siglos VIII al XIII en adelante; plagada de errores y llena de cuentos y tradiciones, pero con fascinadores atavíos legendarios que sedujeron más tarde á historiadores, al parecer concienzudos, aunque no supieron descifrar tan hermosos enigmas, envueltos en aquellas tradiciones y leyendas; y llegando el caso de que en el siglo XVIII corrieran todas ellas como moneda de buena ley, y tal como en las mismas aparecieran fantásticamente los sucesos, considerándose por algunos nuestra historia de entonces como una seductora novela.

Felizmente ya pasaron aquellos tiempos. Hoy la historia filo-

sófica y crítica ha sustituido á la fantaseada de los pasados siglos, y aunque se consideran como de gran valía las tradiciones y leyendas, es solo dándoles el valor y alcance que realmente tienen, presentándolas primero bajo el aspecto poético, y después aprovechando de ellas lo que sin duda sea puramente histórico, ó al menos contenga un fondo de verdad histórica.

* * *

Tal es el sistema que hemos de seguir nosotros al analizar y depurar *algunas leyendas y tradiciones* de la edad media española. De esa edad tan mal comprendida por algunos, bastardeada por otros, y obscurecida por los enemigos de nuestras grandezas ó de nuestra fé, cuando es la edad legendaria de nuestra patria, donde se forjan las grandes hazañas y aparecen los grandes héroes, de donde arranca nuestra nacionalidad y donde se realiza esa inmortal cruzada de ocho siglos, que fué y seguirá siendo la admiración de las naciones.

Nos presenta esta edad un carácter manifiesto de transición. España sufre por la ruina del Imperio Romano una devastación material y moral, con la venida de los primeros bárbaros, para dar lugar á una dominación más ilustrada que había de arraigar en nuestra patria, dejando el sello de su personalidad en instituciones y derechos, que aún se conservan á través de los siglos, y constituyendo el gran Imperio Gótico, que para nosotros simboliza la fé y la cultura de aquellos tiempos, representados en el inmortal concilio tercero de Toledo, y en el Fuero Juzgo, de donde arrancó la universalidad de nuestra creencia y la generalidad de nuestra legislación.

Y cuando más tarde, y cumpliéndose una ley providencial de la historia, se hunde en las aguas de Barbate aquel poderoso imperio, á poco resurge esplendoroso en las montañas de Asturias y en los riscos del Pirineo el fenecido espíritu español y cristiano, y el árabe se ve combatido sin cesar por aquellos estados cristianos, que salen al parecer de la nada y que, agrandándose y luchando siempre, les iban arrojando poco á poco de sus territorios, y formando esplendorosa y rica la nueva socie-

dad española, firme en sus creencias y entusiasta por su libertad y su independencia, hasta lanzar por último al invasor de su postrer baluarte, que era el recinto de esta bendita tierra granadina, y formar la nobilísima nación española, que más tarde había de ser la dominadora del mundo.

Todo esto se realiza en la edad media de nuestra historia, por que se supo hermanar de modo maravilloso el espíritu de la creencia con el amor nacional. Por eso son caracteres de esta edad el sentimiento religioso y el amor á la patria; la lealtad y la hidalguía; el fervor monárquico hasta la exaltación, pero sin mengua de la dignidad y la libertad; el respeto á la mujer, traducido en galantería honesta y delicada; la profesión del honor, hasta una especie de culto y fanatismo; y el valor arrojado y temerario, junto con la pasión por las empresas grandes y difíciles.

Con tales hermosos caracteres se presenta nuestro pueblo, nacido en el fragor de los combates y peleando bajo la enseña de la cruz, desde los tiempos de Pelayo hasta los de Isabel I.

No será extraño, pues, que en esa edad y con el trato continuo de otro pueblo guerrero y soñador, como era el árabe, se realizaran hazañas inmortales, casi fantásticas, y se diese origen á esa multitud de hermosas leyendas y tradiciones que son un auxiliar precioso de la historia. Vamos á reseñar sumariamente algunas de ellas, examinándolas en el orden siguiente.

De las agonías del potente imperio visigodo sólo estudiaremos las que se relacionan con Witiza y Don Rodrigo, por ser el prólogo obligado de la invasión árabe y de sus consecuencias históricas.

El despertar del pueblo español nos dará ocasión para conocer las leyendas que se relacionan con las reconquistas Asturiana y Pirenáica, que fueron la cuna de nuestra libertad y de nuestra independencia.

Las romancescas leyendas de Bernardo del Carpio, Clavijo y Fernán González nos darán motivo para presentar los sublimes arranques de nuestro pueblo en aquellos siglos y el espíritu entusiasta que le animaba, dispuesto á combatir siempre contra toda clase de invasores.

De no menor valía son las que se relacionan con las hazañas del Cid, que muestran en toda su pureza y arrebatadora hermosura la grandeza de Castilla entonces, ofreciendo á la consideración histórica un héroe de la talla del castellano de Vivar y ejemplos de hechos inmortales como los que realizara en su accidentada vida.

Y cerrarán el cuadro de esas leyendas medioevales las relacionadas con los Reyes Ramiro II de Aragón y Pedro I de Castilla, que determinan el verdadero carácter de aquellos soberanos y con las que quedará patente el espíritu de la gran monarquía española de aquellos tiempos, que más tarde había de decaer para levantarse luego esplendorosa en los primeros albores de la edad moderna.

I.

Leyendas del reinado de Witiza.

Toda la grandeza del floreciente imperio visigodo se oscurece y termina de modo inconcebible en corto espacio de tiempo. Ya desde la muerte de Wamba se dejan sentir los efectos de esta alarmante decadencia, que toma cuerpo de modo extraordinario durante el reinado de los dos últimos monarcas visigodos, aunque se preparara sin duda alguna en los dos que le precedieron.

Había sonado la hora en el reloj de la providencia divina y fué preciso que aquella antigua potente dominación se deshiciese como por encanto, acumulándose sobre la cabeza de aquellos infortunados monarcas toda la série de desaciertos por algunos de sus predecesores ejecutados, y dando lugar á que tuviese que intervenir la fantasía popular buscando razones y forjando leyendas, ya que no podía tener facilmente de otro modo clara explicación el cataclismo con que se había de hundir para siempre el poderío de aquellas gentes que por tanto tiempo y con varia fortuna habían gobernado nuestra patria.

Por eso el reinado de Witiza se ve envuelto entre la densas nieblas de la fábula que, tomando cuerpo y adquiriendo carta de naturaleza en nuestra historia, llegó á hacer execrable su memoria y á presentarle como el modelo de tiranos, vaso impuro

de corrupción y de lascivia y causa ocasional de que se acelerara la ruina de aquella vasta monarquía.

Y frente á estas opiniones se presentan otras que le hacen de humana condición y excelentes prendas personales, atribuyendo á fatal destino los sucesos ocurridos en España después que este monarca natural ó violentamente dejara de reinar.

La leyenda de Witiza consume toda su vida. Es más bien un capítulo de cargos, improbados la mayor parte de ellos, pero con los que ha pasado á través de los siglos bajo la fé incierta de un viejo cronicón y sin que lo confirmen las crónicas de aquel tiempo ni los autores contemporáneos.

La fábula Witizana nos muestra á este monarca desde que muerto su padre quedó solo en el gobierno del reino, al que antes estuvo asociado, entregado á los dulces placeres de impuros amores con muchas concubinas, á las que elevó á la categoría de reinas, permitiendo á los grandes y señores que imitasen su ejemplo y á los ministros del Señor que se casaran y que vivieran con libertades impropias de su estado sacerdotal.

Se le atribuye también el dañado propósito de negar la obediencia al Papa, bajo pretextos no justificados; la permisión de volver á España los desterrados de la raza judía y la terrible matanza de los descendientes de Chindasvinto, temeroso de que alzarán armas contra él y le depusieran: y así nació la leyenda de las muertes del Duque de Córdoba Teodofredo y de Favila, Duque de Cantábría, mezclando impuros deseos de posesión de la mujer de este último, para explicar tan violenta determinación y describiendo crueles tormentos que privan de la vista al primero de los pretendidos conjurados, teniendo que salir de la Corte huyendo de iguales martirios Rodrigo y Pelayo, á quienes se les supone respectivamente hijo de cada uno de ellos.

Todavía añade la leyenda que Witiza, temeroso siempre de conspiraciones, mandó derribar todas las murallas y fortalezas de su reino y deshizo las armas que en él había, para privar á sus enemigos de medios de combate; así como que, temeroso de los anatemas que por su mal proceder le lanzaban los Sacerdotes de vida ejemplar, persiguió á estos con encarnizamiento y

prohibió la celebración de concilios para evitar los cánones que en su contra pudieran acordar los Prelados y altos dignatarios de la Iglesia que se congregaban en aquellas asambleas tradicionales de los godos.

Y por si algo faltase entre las leyendas forjadas para desprestigiar el nombre de Witiza, hasta su modo de morir da origen á otra fantasía, haciéndole caer en manos de Rodrigo y expiando sus crímenes con muerte igual y opresor tormento al que empleara con el padre de aquél.

¿Cómo pudo nacer esta leyenda de los múltiples crímenes atribuidos á Witiza y que bastardean su reinado y hacen que por espacio de muchos siglos sea por todos maldita su memoria?

Merced á las fábulas que se incluyen en el Cronicón Moisiacense, escrito en el siglo IX en el mediodía de Francia y las modificaciones y agrandamientos exagerados de Sebastián de Salamanca, Lucas de Tuy y D. Rodrigo Jiménez de Rada, á quienes, en parte y con reservas, sigue el P. Mariana en su historia general de España.

Felizmente para los que pretendemos que estén siempre muy altos los fueros y preeminencias de la verdad histórica llegó la hora de desvanecer todos esos errores, aclarar las dudas y levantar el nombre de Witiza del bajo nivel á que sus detractores le colocaron, para lo que no será preciso otra cosa que un poco de justicia, señalando lo que está probado y sus causas determinantes y relegando al terreno de lo fabuloso y legendario todo lo que no ha podido probarse ó está contradicho por la historia misma.

Ya á fines del siglo XVIII se escribió con gran copia de datos por D. Gregorio Mayans la defensa de Witiza, tal como lo hacen también Masdeu, Lafuente, Dozy, el P. Tailhan, Fernández y González, Fernández-Guerra y otros, que, juzgando á este monarca sin apasionamientos, encuentran ocasión para desbaratar su legendaria vida, oponiendo á las fábulas de escritores lejanos á su tiempo el silencio de los contemporáneos á este monarca y el testimonio contradicho de Isidoro Pacense y el continuador perpicaz y minucioso del Biclarense.

Así puede asegurarse hoy, sin exageraciones de ningún género, que Witiza reinó quince años con clemencia y sin las crueldades que se le atribuyen, no negando sus frecuentes pecados de impureza, tan frecuentes en él como en toda aquella sociedad degradada y muerta, como también puede asegurarse que siendo este Rey el que más alentó el partido militar, enemigo de la intervención de los Obispos en el gobierno, tuviese con estos rozamientos y hasta llegase á oponerse á pretensiones del Papa Constantino, que aún no nos son conocidas; sabiéndose todo esto por escritores eclesiásticos, celosos defensores, como es natural, de los fueros y prerrogativas y de los derechos que creían poder tener en la gobernación del Estado; y, por último, que por exceso de clemencia y apoyándose en determinaciones conciliares, permitió la vuelta á España de los hijos de Israel, quizá sin preveer las funestas consecuencias que para el Estado había de tener esta medida.

Y hasta aquí lo que hay de cierto ó de probable en todo lo que la leyenda atribuye á Witiza. Todo lo demás es absolutamente falso como se justifica con datos históricos y con falta de probanzas, cual ocurre con el derribo de murallas, secuestro y destrucción de armas y descomposición de la milicia, contradicho bien pronto con la insistente defensa de Ciudades en la invasión árabe; de la licencia de casamiento para clérigos y personas constituídas en vida religiosa, no hay un solo testimonio histórico ni literario que lo confirme; y los crímenes que se le atribuyen con los descendientes de Chindasvinto más pueden considerarse ardidés de defensa que crueldades arteras, si bien fuese violenta la ejecución, como violentos eran los procedimientos de aquellos tiempos, en el caso de que realmente los realizara en representación del partido militar y temiendo una conspiración, cual la que más tarde, acaudillada por Rodrigo, su mortal enemigo, se dice le privó de la vida y del trono, y siendo fantasías todas las consejas que corren sobre la fecha, sitio y forma de su muerte, en lo que no están conformes ni los autores árabes ni los escritores cristianos.

Véase pues, cómo de todos los graves cargos formulados por

la pasión ó forjados por la leyenda en contra de Witiza no quedan casi ningunos, y estos más son vicios generales de la época, ó brutales resortes de gobierno de aquellos tiempos, que crueldades capaces de incapacitar á un monarca para la honradez, la piedad y la justicia.

En cambio, frente á todo esto se encuentra el dato por nadie contradicho de su clemencia al comenzar á reinar, el amor que el pueblo le profesaba y el apoyo que tuvo entre los nobles, con excepción de sus contrarios; no habiendo ya quien de buena ley acepte las fábulas y leyendas que en los siglos medios se forjaron y después se siguieron por historiadores entusiastas de todo lo que aparece como extraordinario, aunque sea la extraordinaria grandeza de la crueldad y la violencia; pudiéndose asegurar que ya hoy está casi en absoluto rehabilitada la memoria de su vida y consideradas como fantásticas las leyendas ó tradiciones no probadas, en las que aparecen los detalles imaginarios con que se quiere presentar su especial reinado.

II.

Leyendas del reinado de D. Rodrigo.

El cortésimo reinado de D. Rodrigo, último monarca visigodo, se ve envuelto entre fábulas y leyendas que lograron hacer de él una novela interesante y seductora, presentándole con caracteres que nunca tuvo y responsable de sucesos por él no preparados; olvidando que este monarca no fué más que un triste heredero de la ruina y destrucción que sordamente minaba desde hacía tiempo aquel imperio, próximo á terminar en los fastos de la historia.

Comienza la leyenda quitándole al nuevo Rey, que ciñó la corona como fruto de una conspiración y contra los derechos del hijo mayor de Witiza, todo ascendiente de realeza, presentándole como un audaz y atrevido caballero que supo aprovechar las circunstancias y ceñir violentamente la corona de los godos. Sigue la fábula mostrándole vacilante para presentarse en la

Corte, vagando por la Lusitania, hasta que, vencidos y huyendo al África los hijos del anterior monarca, pudo dedicarse ya al gobierno de su reino.

Bien pronto comienzan en él las conspiraciones y es preciso hacer frente á todas ellas; pero los fondos escasean, el tiempo apremia y Rodrigo, audaz de suyo, decidió encontrar recursos sin reparar en los medios, y recordando que había en Toledo un palacio encantado que el vulgo llamaba la *Torre de los cerrojos*, porque á sus férreas puertas se le aumentaba uno al subir al trono cada monarca, y donde presumía estaban los tesoros de sus antepasados, allí se dirigió resuelto; mandó romper las cerraduras y candados que guardaban la entrada y su sorpresa fué grande cuando, en vez de los pretendidos tesoros que buscaba, halló sólo un grande y precioso arcón de fina labor pérsica que, abierto por él, únicamente encontró en su fondo un lienzo con extrañas figuras de rostro atezado y blancas y amplias vestiduras y un letrero en latín que decía: "*por estas gentes será en breve destruida la España.*" Á esta torre se la llamó también *la torre de Hércules*, y la gente toledana, al ver un año después entrar vencedores á los soldados africanos, creyó ver en ellos á los que anunciaba la misteriosa inscripción sacrílegamente descubierta por Rodrigo.

Y siguen las leyendas relacionadas con este monarca. Se le supone casado con Egilo ó Egilona, á la que se hace hija del Rey de África, se presenta la Corte como un hervidero de pasiones y amores impuros, y se cuenta que un Conde D. Julián, Gobernador ó tribuno de Ceuta, de origen persa, siguiendo tradicional costumbre, había mandado su hija Florinda ó Floresinda al palacio real de Toledo, en clase de menina al lado de la Reina, cuando cierto día, jugando con sus compañeras, reparó el Rey en su peregrina hermosura y, despertándose su sensualidad, juró hacerla suya, lo que violentamente alcanzó; dando lugar á que aquella jóven avisase á su padre de su deshonor, que este viniese á Toledo y bajo pretexto de enfermedad de su esposa se la llevase á Ceuta, no sin que añada la tradición que el Rey encargó á D. Julián que le mandase halcones de los que acos-

tumbraba enviarle y que aquél le prometiera traerle unos como nunca los hubiera visto, aludiendo á los árabes.

Bien pronto, según los fabuladores, la mala acción del Rey dió sus frutos, y los hijos del Islam penetraron en nuestra patria guiados y dirigidos por el astuto y vengativo Gobernador de Ceuta. Y el Rey tiene que venir del Norte, donde guerreaba con los Vascones, y se dá la batalla que por mucho tiempo se llamó de Guadalete, donde se hunde para siempre el poder de la monarquía visigoda.

La descripción que hacen de esta batalla es toda ella una pura novela, presentando á Rodrigo yendo á la pelea como un verdadero sátropa, en un magnífico carro de marfil con ruedas de plata tirado por dos mulas blancas, ceñida en su frente la corona y llevando en los hombros clámide de púrpura y oro; añadiéndose todavía que el Rey iba bajo un dosel resplandeciente de pedrería con las armas de su linaje.

Así dirige la batalla, y después de ocho días de rudo combate, merced á que D. Julián para vengar su honra, con los witizanos y D. Oppas, abandonan al monarca y se pasan al ejército árabe, y á que huyen los que mandaba Sisberto, queda la victoria por los Africanos y deshecho el ejército real, teniendo D. Rodrigo que saltar del carro en que iba y montar en su caballo Orelia, creyéndose entonces que había perecido en las aguas del río, pues que luego se encontró el caballo, la corona real, la sobrevesta ó gabán del Rey y su calzado guarnecido de perlas en la orilla opuesta.

Pero aún siguen los falsificadores trayendo y llevando el nombre de Rodrigo y de los suyos después de la batalla; y se le supone salvo y huído, llegando á una ermita y penitente, hasta que logra expiar los crímenes que trajeron la desgracia de España; y á Florinda, que los árabes empezaron á llamar la *Cava* ó mala mujer, arrepentida de haber dado origen á tantos males; en Málaga donde, después de la entrada de los árabes, vivía con su padre, se arroja desesperada desde alta torre, y muere suicidándose después al saberlo su padre D. Julián, que, perdido el juicio, acaba así, según esta leyenda, una vida de infamias y traiciones.

Tales son el sin número de tradiciones que la fantasía popular

BIBLIOTECA
MUSEO
1875

acumuló sobre la cabeza de Rodrigo. Unas son hijas de la imaginación árabe, otras de los crédulos cristianos que dieron cuerpo á aquellas. El egipcio Abderraman-ben-Abdelhakem, el moro Rassis, Abenadarí y Abenalcutia, descendiente de Witiza, son los primeros que empezaron á novelar sobre estos puntos de buena ó de mala fé; siguiéndolos ó ampliándolos el monje de Silos, D. Rodrigo Jiménez de Rada, el Rey sabio y el P. Mariana, excediendo á todos ya en el siglo XV Pedro del Corral, apoderándose de estas fantasías el romancero y el teatro y llegando á seducir hasta al Príncipe de los líricos cristianos al escribir su celebrada oda *La profecía del Tajo*; y cerrando la larga lista de falsificadores del carácter de D. Rodrigo el Ldo. Miguel de Luna, morisco granadino, que en el siglo XVI escribió una disparatada historia del último monarca visigodo.

Todas estas fantásticas leyendas están desvanecidas por la crítica desapasionada de nuestros tiempos, no habiendo ya quien en ellas crea, merced á los diligentes y concienzudos trabajos de nuestros sabios y muy especialmente del discreto estudio que sobre este particular hiciera nuestro ilustre paisano D. Aureliano Fernández-Guerra.

Así puede reconstruirse la historia de estos sucesos, separando lo verdadero de lo falso, buscando el fondo histórico que estas leyendas tienen y explicando hechos, que de otro modo no tendrían justificación posible y, sobre todo, rehabilitando la memoria de D. Rodrigo, que no fué culpable de todo lo de que la tradición popular le hace responsable.

La historia ya nos enseña que D. Rodrigo era Duque en aquella agonizante monarquía y muy versado en las cosas de la paz y de la guerra, teniendo á su cargo el mando de la Bética, como antes lo tuvo Teodofredo, por lo que se le supone su hijo y de real linaje. Que por conspiración fuera Rey nada tiene de extraño, pues muy frecuentes eran estas y más en tiempos como los que precedieron á su subida al trono. Así como que vagara algún tiempo por la Lusitania antes de entrar en Toledo, pues necesitó más que nada asegurarse para poder vencer á sus enemigos y hacerles huir al África.

La fantástica tradición del palacio encantado de Toledo y el pretendido sacrilegio de Rodrigo, tiene su lógica explicación, aunque no se realizaron los sucesos tal como los describe la fábula. La guerra se imponía, con rebeldes en el reino y con las avanzadas de los árabes; el Rey no tenía recursos, era preciso buscarlos y el recuerdo de las joyas riquísimas que sus predecesores habían ido depositando en la Basílica de San Pedro y San Pablo, aneja al real palacio, sugirió al Rey la idea de penetrar allí donde sagrado juramento lo impedía desde que la edificara Wamba y donde cada monarca depositaba al subir al trono una corona votiva. Y Rodrigo penetra en la sagrada Cámara y entre tesoros de pedrería y ricas coronas, parecidas á las de Guarrazar, que un año después fueron á parar á manos de Tarík cuando entró en Toledo, halló primorosa arqueta persa ganada tal vez en combate con los griegos imperiales, con extrañas figuras y escenas de cacería, con tiras de pergamino explicativas de reliquias de Santos y con excomuniones á los violadores de este sagrado tesoro. El Rey, que era religioso y creyente, sintió el miedo al castigo del cielo por aquella profanación, cerró el arca y la cámara real y prestó el juramento que prestaran sus predecesores.

Á esto queda reducida la fantástica leyenda de la cueva de Hércules, y la profecía de la venida de los árabes á España.

No necesita la historia legitimar la ascendencia de la mujer de D. Rodrigo, porque su nombre y origen están bien claros; pero sí el del Conde D. Julián y los sucesos relacionados con su hija.

Fué este Conde oriundo de persas cristianos y súbdito del bajo imperio, obteniendo desde muy jóven el cargo de tribuno ó jefe militar de la costa del estrecho, afecto á nuestra patria mientras reinó Witiza, ardiente partidario de sus hijos después de muerto éste é intermedio con los árabes para que, á modo de intervención, vinieran á España y, amparando al partido que llamaban legitimista, arrojaran del trono á D. Rodrigo, sin sospechar que, después de haber vencido, los secuaces de éste y sus enemigos habían de verse envueltos por las armas y el poder de los feroces islamitas.

Tal es la verdadera é histórica intervención de D. Julián en los sucesos de la vida del último monarca visigodo. Fué un entusiasta defensor de los derechos que creía legítimos de los hijos de Witiza; se puso en frente del monarca; fué aliado de los árabes; no tuvo que vengar ofensa alguna en la persona de su hija que, ni estuvo en Toledo, ni en aquel palacio había meninas hijas de los grandes, ni aún, en medio de los atropellos y violencias de la revolución y de la soldadesca, hay un solo dato histórico que confirme la leyenda de Florinda que cargó con el calificativo triste de la *Cava* sin merecerlo, y que, engendada en la imaginación de árabe fantaseador de fábulas y de cuentos, logró ser acogida por sabios y hasta por santos como San Pedro Pascual, durante su cautiverio en Granada, y por historiadores árabes tan concienzudos como Abenaljatíb y Abenjaldún.

La fábula referente á la forma de celebración y consecuencias de la mal llamada batalla del Guadalete se desvanece todavía más fácilmente. La historia en esto está conforme. Realizada por los árabes la campaña de intervención, se dió la batalla al finalizar el mes de Julio del año setecientos once en los campos de Medina Sidonia junto al río Barbate, durando una semana, reuniendo el Rey Rodrigo un ejército poderoso y distribuyéndolo de acertado modo; pero las traiciones de los witizanos sembraron el desorden y esto unido á la falta de caballería del ejército visigodo y á la mucha que traían los árabes, fué causa de la derrota que aquél sufriera y de que allí se hundiera para siempre el poderoso imperio visigodo. No he de entrar en detalles de todos conocidos. Importa sólo desvanecer las fábulas, y todas quedan desvanecidas ya, no habiendo hoy historiador que las ampare ni en lo del espléndido lujo con que el Rey Rodrigo fué á la pelea, ni en los romancescos accidentes que quiere la leyenda le ocurrieran á él y á sus traidores enemigos después de la batalla de Barbate.

Para cerrar el cuadro de estas reparaciones históricas referentes al último monarca visigodo. sólo resta asegurar que no murió en la batalla, que pudo huir y establecerse secretamente en la Lusitania, para morir dos años después en la acción dada

contra los dispersos cristianos en la parte de Extremadura, en los confines Lusitanos, por Meruan, hijo de Muza. Así tiene explicación el texto del Albeldense que le da tres años de reinado, y que mucho más tarde se descubriese en Viseo, en la iglesia de San Miguel de Fetal, una lápida sepulcral de D. Rodrigo, como testimonio de que sus pocos leales amigos, al verle morir en la batalla de Seguelluelos, cogieron su cuerpo atravesando la sierra de la Estrella cercana á Viseo, donde siglo y medio después había de encontrar su sepultura el Rey de León Alfonso III el mayor.

III.

Leyendas y tradiciones de la reconquista Asturiana.

Pocos fueron los nobles y guerreros que, después de la rota de Barbate, acompañaron á D. Rodrigo en su discutido y corto reinado. El terror cundió por doquiera y, ante el temor que se apoderó de todos, los unos ganaron la Septimania, otros fueron más lejos y otros se cobijaron en los breñales de la Cantabria, de la Galicia y de Asturias.

En verdad, la pérdida tan rápida de España era para sobrecojer á los más valerosos, y aunque algunas ciudades, como Toledo, Sevilla, Mérida y otras, opusieron dificultades al invasor, tuvieron que sucumbir al cabo vencidas por el número y por el desaliento que esterilizaba aquellos soberanos esfuerzos que no tenían resonancia en la nación.

Y por doquiera se presenta un cuadro tristísimo y desconsolador. Todos los caminos se veían poblados de interminables caravanas, yendo mezclados los nobles y los siervos, las mujeres y los niños, los ancianos con las doncellas, los sacerdotes con los soldados, buscando un refugio en las plazas fuertes, que al fin caen en poder de los árabes, y volviendo á emprender la marcha, hasta que son muertos ó cautivados por sus feroces perseguidores.

Los que aquí se quedan sufren resignados aquel azote que se hace poco tiempo después menos violento, merced á la política, de hábil atracción y de concesión de posibles libertades á los

vencidos, que adoptan los emires; política que desde el principio de la victoria inicia Abdelazís, y algunos que siguen su manera especial de gobierno.

Muchos de los que habían sido vencidos en Andalucía se cobijaron en las montañas de Asturias, y aunque los musulmanes se habían apoderado de las plazas fuertes, se unieron en consorcio fraternal con los naturales del país, casi todos celta-romanos, que antes no simpatizaron con los visigodos y, ante el común peligro, allí se hicieron fuertes, dirigidos por un caudillo de ánimo esforzado y de fé ciega y decidida llamado Pelayo, y allí concibieron la hermosa idea de sacudir el yugo musulmán, logrando, al cabo de algún tiempo realizar una empresa atrevida y casi divina, que fué el origen de la santa reconquista española; y admirando al mundo, después de vencer en una sola batalla, cual fué la de Covadonga, que les dió posible vida de paz é independencia.

Hecho tan admirable fué calificado de sobrenatural y milagroso y la fantasía popular comenzó á forjar hermosas leyendas sobre el caudillo y sobre la batalla, que han subsistido y subsisten á través del tiempo y de las edades, y que han hecho del nombre de Pelayo un nombre de gloria imperecedera en los fastos de la tradición y de la historia.

Comienza la leyenda asignando unos á Pelayo el título de sobrino de D. Rodrigo, como hijo de Beremundo ó Bermundo, y otros el de hijo de Favila, Duque de Cantábrica, haciéndole Conde espartario al servicio de Witiza, y mezclando una cuestión de amores no definidos entre el padre de Pelayo y la Reina, que obligan á aquél, temeroso de las iras del monarca, á huir de la Corte donde quería prendérsele, saliendo de España y yendo en peregrinación á Jerusalem, de cuya romería se mostraban por mucho tiempo en el pueblo de Arratia los bordones que usara en la misma.

La tradición nos presenta después á Pelayo refugiado en Asturias, merced á otra cuestión amorosa que se supone causa determinante de todos sus proyectos y hazañas. Tenía aquél una hermana de quien el guerrero árabe Munuza se enamoró ciega-

mente, y como no pudiese lograrla en matrimonio, ideó el medio de mandar al guerrero cristiano á Córdoba con una comisión para Tarik, satisfaciendo entre tanto sus torpes deseos. Vuelto Pelayo y conocida su afrenta, juró vengarse, naciendo de esto, según la leyenda, la excitación de los Asturianos á la pelea, cuando antes pacíficamente estaban en trato con los emires.

La tradición nos presenta despues á los refugiados en Asturias agresivos ya contra los árabes, primero en los montes y despues bajando al llano y poblando un reducido territorio al lado del pueblo de Cánicas, (hoy Cangas de Onís). Esto da lugar á que los árabes se aperciban del peligro que corrían dejando crecer aquel foco de insurrección, y envíen un destacamento al mando del general Alkama, con crecido ejército en el que se supone iban D. Oppas, los hijos de Witiza, D. Julián y muchos de los conjurados contra Rodrigo; y se dió la celebre batalla de Covadonga, que inmortalizó el nombre de Pelayo y puso espanto en las huestes musulmanas.

Además, la fantasía popular forja otra leyenda á propósito de la cueva donde se dió la batalla, diciendo que en cierta ocasión quiso el héroe asturiano sacar de ella un malhechor allí refugiado, y el ermitaño que la moraba le hizo desistir de su propósito, profetizándole que bien pronto aquella cueva sería el asiento de su poder y el origen de su grandeza.

También la batalla de Covadonga, dada según todos los datos tradicionales é históricos en setecientos diez y ocho, se halla rodeada de misteriosos sucesos. Se dice que D. Oppas, antes de romperse las hostilidades, dirigió un discurso á D. Pelayo, al que éste, con más apariencias de teólogo que aquél, le contestó con otro en que abundaban los textos de la Sagrada Escritura, no logrando convencerse y dándose la batalla, donde la Virgen estuvo dirigiéndole, y merced á su poder soberano se logró que las flechas lanzadas por los árabes contra Pelayo y los pocos que con él cabían en la cueva, rebotasen é hiriesen á los que las lanzaban; que el cielo favoreciese á los cristianos enviando pavorosa tempestad que no atemorizó á éstos, que ya fuera de la cueva peleaban contra los árabes en los que hicieron gran carnicería,

perciendo después todos merced al desprendimiento del monte Libamino sobre ellos y no quedando casi nadie de aquel ejército de más de cien mil hombres que llevaban los árabes.

Para que todo fuera maravilloso, termina la leyenda manifestando que en esa batalla perecieron los generales Alkama y Munuza y el célebre obispo D. Oppas, y que habiendo podido escapar D. Julián y los hijos de Witiza fueron degollados después por el jefe árabe en castigo de su cobardía, no dejándose matar como los demás del ejército vencido al pié del monte Auseba.

La imaginación árabe por un lado, la hermosa piedad cristiana de entonces por otro y la forma de relatar los hechos históricos en aquellos siglos, en último término, dieron origen á todas estas leyendas que, cual sagrado depósito de respetuosa admiración al héroe asturiano, se han venido conservando á través de las edades. Y Abenjaldún, Abenjáyán y Almacarí entre los musulmanes, y el Albeldense, Sebastián de Salamanca, el Silense, el Arzobispo D. Rodrigo, el P. Mariana, Masdeu y otros entre los cristianos, han traído y llevado estas leyendas y tradiciones en sus historias, y el romancero y el teatro las han inmortalizado también, y con razón, pues con dificultad podrán encontrarse en nuestra historia hechos como los que, fantaseados por la tradición y la leyenda, nos muestran á Pelayo venciendo en Covadonga y quedando firme y seguro, á través de los siglos, el hermoso y sublime fondo de verdad histórica que todas ellas contienen.

En efecto; cuando la crítica histórica analiza y depura estas leyendas descubre la consoladora verdad que encierran, surgiendo asegurada el héroe asturiano como la encarnación de aquella guerra de independencia y de religión, donde, á falta de recursos materiales, se confiaba más que en las propias fuerzas en la protección divina.

Para ello, separando todo lo que no puede nunca aceptar la verdad histórica, borrando desde luego todas las escenas amorosas de la madre y hermana de Pelayo y la discutida intervención de D. Oppas y de algunos de los rebeldes de Barbate en Covadonga, pues sabemos que vivían tranquilamente en Córdo-

ba, de donde no se movieron y fueron tronco de familias principales, podrá, á merced de esas mismas leyendas y tradiciones, reconstruirse la verdad histórica presentándose el cuadro de los sucesos en la siguiente forma.

Así aparecerá Pelayo pariente de Rodrigo, como sucesor de éste por voluntad de los nobles secuaces del último rey goda y hasta de los witizanos que al fin reconocieron su error y que habían sido engañados por los árabes. Esta elección es más apropiada que la supuesta después de la batalla de Covadonga, pues, según la crónica de aquella época, el mismo año setecientos trece en que muere D. Rodrigo ya aparece Pelayo ostentando el superior título que por elección había alcanzado. No obstante, si la elección fué al morir el último monarca visigodo, su proclamación solemne, ratificando todo lo hecho, fué militarmente después de la primer batalla asturiana en el campo de Re-pelao, donde por vez primera combatieron los cristianos en campo abierto con los árabes, y dá justificación á la Capilla de la Santa Cruz que hay en tal sitio y al respeto tradicional que aún se conserva por aquellos contornos al llamado campo de la jura.

Pelayo, consecuente con el pensamiento que ha concebido, no deja de hostilizar de continuo á los árabes, y desde el monte baja al llano, y los musulmanes temen que aquella insurrección pueda agrandarse, y envían un ejército numeroso al mando del general Alkama, y entonces el héroe cristiano no se atreve ó no cree prudente hacerle frente y se retira de Cangas, donde estaba, al monte Auseba, y resguardados en las cumbres todos los que no podían combatir, en una gruta natural que hay en la montaña y que los del país llamaban ya Covadonga, se entró Pelayo con doscientos hombres que eran los que en ella cabían y los demás quedaron entre bosques y malezas esperando parapetados á los enemigos.

Alkama cree cobardía de Pelayo lo que era astucia suma y conocimiento del terreno; y enardecido y seguro del vencimiento, entra con los suyos por una estrecha cañada donde unos pocos hombres podían detener á un ejército entero y comienza la batalla de épica grandeza para el cristiano, desquite hermoso,

aunque entonces no decisivo, y donde pereció por divino milagro pues sólo por causas naturales resulta inexplicable el suceso, todo el ejército árabe con los jefes que le dirigían: siendo tal el número de muertos que por espacio de mucho tiempo se mostraban después armaduras y huesos de los soldados moros, cuando la crecida del río Deva descarnaba las faldas de las colinas.

Y cuanto la tradición indica referente al rebote de las flechas, la tempestad horrorosa, el desprendimiento de árboles y de peñas y hasta el movimiento de un monte arrastrando en su caída crecidísimo número de inieles, todo está confirmado por las crónicas de árabes y cristianos; y puede tener, como tiene, verdadera certeza histórica y justificar con cuanta razón hay que bendecir esas viejas leyendas que, con grandioso fondo de verdad, mostraron á las generaciones venideras el sublime y hermoso origen de la reconquista española en las montañas de Asturias.

Los árabes, después de la batalla de Covadonga, ó no tuvieron fuerzas para seguir combatiendo ó dieron á aquel desastre menos importancia de la que tuvo, ó les importaba más la empresa que acariciaban de conquistar á Francia. Lo cierto es que no vuelven más á invadir las Asturias, y merced á estas causas providenciales puede Pelayo organizar su naciente estado y reinar en él diez y nueve años, aumentándose de día en día su población con los cristianos de León y de Galicia, que allí se iban refugiando como en el único puerto de salvación que encontraban en la península.

Véase cómo no es posible desdeñar las tradiciones y leyendas como auxiliares preciosos de la historia; y mucho menos las que tienen carácter tan hermoso como estas que reseñamos, y que aún hoy muestran en aquellos parajes la confirmación exacta de sus descripciones; y, sobre todo, que son trasunto de la piedad sincera de aquel puñado de valientes que sólo de la Virgen esperaban su triunfo, presentándonos á esta Señora amparando á los suyos y á Pelayo venciendo, por premio del cielo á su abnegación y á su heroísmo que le hacen mostrarse ante su pueblo como el restaurador de su monarquía y de su perdida libertad.

IV.

Tradiciones y leyendas de la reconquista Pirenáica.

Casi al mismo tiempo que los cristianos de Asturias se congregaban iniciando la hermosa obra de la reconquista española, en los altos montes y enriscadas peñas de los Pirineos se reunían y concertaban también otros cristianos para oponerse á las violencias de los árabes en el siglo VIII, continuando así aquella hermosa obra de restauración cristiana y española.

Sin embargo, aunque en el fondo todos perseguían iguales sublimes ideales, en la aspiración inmediata se diferenciaban los unos de los otros, pues si Pelayo con los suyos trató de restaurar la antigua y fenecida monarquía gótica, en los Pirineos, donde moraban los vascones, no podía ser otro el pensamiento que la continuación de aquella lucha titánica por tanto tiempo sostenida contra romanos y godos, enarbolando siempre, antes como ahora, el estandarte de su libertad y de su independencia y dando señaladas muestras de su pujanza en la lucha que sin descanso empiezan á sostener contra los árabes.

Y estos hechos heroicos se suceden de día en día y surgen nuevos focos de insurrección; y toda la región pirenaica, que desde el principio de la conquista musulmana había estado por ellos dominada, es el centro de tres núcleos de poder que han de ser el origen y raíz de estados muy poderosos y florecientes durante la mayor parte del período de la edad media.

Más como todos estos hechos surgen en la historia de modo imprevisto, casi maravilloso, y mezclados con circunstancias excepcionales, de aquí que la fantasía popular comenzara á rodearlos de una aureola misteriosa y casi divina, heroica en otras ocasiones y siempre con formas extraordinarias que hicieron bien pronto nacer tradiciones y leyendas sobre ellos, conservadas á través de los siglos y que son la encarnación y el origen de los estados cristianos pirenaicos.

En efecto, los tres centros principales de resistencia contra el árabe fueron el *Condado de Aragón*, la *monarquía de Navarra* y lo que después fué el *Condado de Barcelona*.

Respecto á los primeros cuenta la leyenda tradicional que en el pequeño territorio de Sobrarbe tuvo lugar el origen de las monarquías de Navarra y de Aragón, y al efecto se citan las famosísimas tradiciones de la *Peña de Uruel* y la *Cruz de Sobrarbe*, que explican cómo nacieron aquellas monarquías y hasta la manera particular con que, en fuero determinado, se le concedieron franquicias y privilegios.

Con dulces encantos nos relata la tradición de la *Cueva de Uruel*, por todos considerada como la *Covadonga aragonesa*, que huyendo de los árabes doscientos cristianos atacados por el general árabe Abdelmelic, refugiáronse en aquella hendidura de la montaña y fueron todos pasados á cuchillo. Más tarde habitó esta cueva un santo varón llamado Juan de Atarés, que en su piedad edificó allí una modesta Capilla sin presumir siquiera que, andando el tiempo, había de alzarse allí el Monasterio de San Juan de la Peña, que desgraciadamente pereció en formidable incendio en el siglo XI. Luego un caballero llamado Voto, persiguiendo á un ciervo, iba á despeñarse por aquellos defiladeros, más afortunadamente la gruta le detuvo en su caída. Penetró en ella, encontrando allí el cadáver incorrupto del santo anacoreta que la había habitado, colocado de rodillas y con los ojos puestos en el cielo. Creyó el caballero que aquello era aviso celestial y después de dar al ermitaño piadosa sepultura, comunicó lo ocurrido á su hermano Félix y ambos, abandonando los esplendores del mundo en que vivían y vendiendo sus bienes, que repartieron á los pobres, se encerraron en aquella cueva para dedicar el resto de su vida á ejercicios de virtud y de caridad.

La fama de la santidad de estos varones anacoretas atrajo á la multitud ávida de sus oraciones y de sus consejos para su dirección interior, indicándoles la conveniencia de nombrar un Rey que les guiara contra el árabe, lo que al fin se realiza en aquella cueva nombrándose á García Jiménez, á cuyas órdenes lanzaron á los moros de la región pirenaica y les tomaron varias poblaciones,

entre ellas Ainxá, capital del reino que se llamó de Sobrarbe y luego de Navarra.

También añade la tradición que allí nació el fuero de Sobrarbe, otorgado por aquel Rey á los montañeses de Aragón y de Navarra, por el que no podrían terminar negocio alguno grave sin acuerdo de doce ricos homes ó de doce ancianos del país, no pudiendo distribuir bienes y honores más que entre los de aquella tierra.

También es muy poética la otra tradición de la *Cruz de Sobrarbe*, según la cual ese García Jiménez fué el primer Rey de los Vascones rebelados contra los árabes y el que con un puñado de valientes se apoderó por sorpresa de la ciudad de Ainxá. Esto dió lugar á que los moros viniesen á rescatarla y á que los cristianos, al entrar en acción para combatirles, viesan una cruz roja sobre una encina, cuya aparición milagrosa les alentó en extremo y, juzgándola signo evidente de protección divina, acometieron contra los árabes derrotándolos completamente. Dícese también que con el territorio conquistado se formó el pequeño reino de Sobrarbe, cuya divisa fué una cruz roja sobre un árbol, que continuó siendo señal heráldica de la monarquía que se fundó bajo aquellos modestos auspicios.

Así explican estas leyendas el origen de Aragón y de Navarra, como independientes unas veces ó como provincia de este último el Condado aragonés durante los tiempos de agitaciones y revueltas del siglo IX.

Todavía resta examinar otra leyenda, por demás interesante, que es la referente á Cataluña, donde se hace mención de un antiguo jefe *Quintiliano*, que allá en el Pirineo se mantuvo independiente en contra de los árabes á mediados del siglo VIII. También se refieren por entonces los hechos realizados por *Otger* y *los nueve varones de la fama*, y siendo este el héroe principal de la independencia de Cataluña. Se le hace de alta nobleza de la Aquitania, recompensado por Carlos Martell, que premia sus méritos con el título de adelantado de aquel territorio; y la tradición nos lo muestra saliendo del Castillo de Catalo por lo que comenzó á recibir el nombre de *Catalón* ó *Catalán*, y á sus sol-

dados les llamaron también *Catalusnos* ó *Catalanes*, y reunido con nueve varones esclarecidos de aquel país, comenzaron sus heroicos trabajos en pro de la independencia. Durante diez años y engrosadas sus mesnadas de modo extraordinario, estuvieron en aquellos montes hasta la muerte de Otger, siguiendo sus sucesores hermosa campaña y amparando la independencia del país, hasta los tiempos de Carlomagno en que comienza, durante su reinado y el de sus sucesores, la llamada marca hispánica.

¿Cuál fué el origen probable de estas leyendas y tradiciones sobre la reconquista pirenaica? Sin duda alguna lo fué la crónica del Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jiménez de Rada, que siguieron otras crónicas posteriores aceptadas por escritores de buena fé, y que acogieron con entusiasmo el P. Mariana y otros historiadores en aquella época en que la historia se vestía con los encantadores ropajes de la leyenda tradicional.

Hoy que la crítica desapasionada é imparcial lo analiza y lo depura todo no pueden admitirse en manera alguna como ciertos los hechos que envuelven estas leyendas, y ya están en lo posible puestos en claro los verdaderos orígenes de Navarra, Aragón y Cataluña, dándole el valor que se merece al tan debatido fuero de Sobrarbe.

Lo más probable para fijar la existencia histórica de estos estados es que en Aragón, cuyo nombre procede del río del mismo nombre, al terminar el siglo IX los cristianos de la frontera superior formaron por insurrección un pequeño estado que se llamó Condado de Aragón, siendo su primer Conde Aznar á quien, como premio á sus particulares hazañas, otorgó la independencia el caudillo de Sobrarbe García Iñiguez I, concediéndole la soberanía en la ciudad de Jaca, que había ganado á los árabes, y todo el territorio comarcano como patrimonio propio y transmisible á sus descendientes.

Frente á esta opinión hay otra, para algunos más aceptable; la de los que sostienen que el Condado de Aragón fué el principio de la monarquía establecida en el Pirineo, llamándose á los jefes primero Condes y luego Reyes. Ó que los titulados Reyes de Sobrarbe, fueron más bien Reyes ó Condes de Navarra, y al

avanzar en sus conquistas hácia Huesca crearon el condado de Aragón.

Así se explica también el origen histórico de Navarra, nacida verdaderamente como reino en los primeros años del siglo X, pues que antes los Condes ó Reyes de Navarra que citan las crónicas, tienen muy dudosa genealogía y muy obscura ascendencia.

Por eso podemos ver que en el primer período de su historia aparecen unidas las monarquías de Navarra y Aragón, hasta el reinado de Sancho el mayor, quien, influido por el origen semi-francés de aquel reino y las ideas feudales tan desarrolladas en tonces, consideró el reino como patrimonio suyo y lo dividió entre sus hijos, haciendo de este modo que se separaran las antiguas monarquías que nacieron unidas, no sin que más tarde vuelvan á unirse otra vez, y tengan sucesivamente su accidentada y especial historia.

Hoy ya se niega en absoluto por esta ciencia la existencia del reino independiente de Sobrarbe, al que se uniera el Condado de Ribagorza y cuyo primer caudillo fuera García Jiménez, casado con Amaya, última descendiente de Aitor, tronco de los Vascos y que establece la capital del reino en Ainza, reconquistando más tarde á Pamplona.

En cuanto al fuero de Sobrarbe, código de la fantástica confederación de aragoneses y navarros que, antes de desprenderse de su autoridad, obligaban al que elegían como Rey á que jurase una especie de constitución que era aquel fuero, tronco y raíz, según algunos, de las libertades aragonesas, no es posible que hoy se le reconozca autoridad alguna, pues que ni los símbolos del juramento, ni las cortapisas puestas al poder real bajo la fórmula humillante de "*Nos que valemus tanto como vos y podemos más que vos, os elegimos Rey con estas condiciones,*" son otra cosa que una fábula, inventada por el extranjero Francisco Hotmán, que pugna con el respeto que aquellos entusiastas españoles tenían á la monarquía y á sus Reyes, cuya autoridad aparece entonces con grande esplendor y reconocido prestigio.

De igual modo hay que echar por tierra la fantástica leyenda de *Otger* y los *nueve caballeros de la fama*, plagada toda ella de contradicciones cronológicas, y no obedeciendo en nada á base alguna de certeza que pueda guiarnos á alcanzar la verdad histórica. Así es que de los defensores de esta leyenda, unos quieren que la reconquista iniciada por Otger sea en uno de los primeros años inmediatos á la batalla de Barbate, otros en el intermedio de este suceso y la venida de los Reyes Francos á Cataluña y algunos en este mismo momento.

No es esto negar que en esta leyenda, como en todas, se partió para idearla del hecho positivo de que los visigodos de la hoy región catalana, empujados por los musulmanes, se refugiaron en los Pirineos, donde permanecieron algún tiempo ayudando á sus hermanos de la Galia y realizando correrías, de donde surgieron, no nueve, sino muchos más héroes y caballeros de fama, cuyos descendientes más tarde precedieron á las fuerzas de los Francos, que después, con sus atrevidas expediciones, dieron origen á la formación de la marca hispánica y á la fundación de Condados especiales en Cataluña, dependientes del imperio Franco, hasta que se declaró la independencia absoluta del Condado catalán en los tiempos de Wifredo I el velloso.

No podremos afirmar rotundamente que todas estas leyendas que hemos analizado sean despreciables ni carezcan en absoluto de un fondo verdad que les dió vida, aunque fueron bastardeadas por espíritus soñadores ó imaginaciones poéticas, que se olvidaron al formarlas del gran respeto que á todos debe merecer siempre el sagrado de la verdad histórica. Por eso podemos asegurar, sin género alguno de duda, que esos distintos centros de resistencia de Navarra, Sobrarbe, Ribagorza y Aragón, tuvieron desde el principio verdadera existencia histórica, fueron el origen de los tres potentes estados que después se señalan, y aparecen aquellos levantiscos montañeses al unísono de sus hermanos que siguen á Pelayo y sus descendientes, cumpliendo el destino providencial, que les estaba encomendado, de ser los fieles guardadores de sus veneradas tradiciones escritas en sus banderas con el hermoso lema "Dios, patria é independencia."

V.

Leyenda de Bernardo del Carpio.

Una de las figuras más simpáticas y sugestivas de entre todas las de los héroes legendarios de la edad media española es la de *Bernardo del Carpio*, personaje probablemente ideal de aquellos tiempos, pero que es la representación más apropiada de nuestro espíritu nacional y de nuestro eterno amor á la libertad y la independencia de la patria.

Héroe de romances y de novelas, no hay asunto que despierte interés en la lucha contra los árabes ó en las revueltas interiores, en que no aparezca aquel siendo el defensor del territorio nacional invadido por el extranjero, ó el que con entusiasmo ampara siempre la defensa de todo lo que representa la dignidad y la justicia, ó vá en contra de los desafueros, ó se rebela contra las humillaciones, que no cabían nunca en su corazón noble y altanero, jamás dispuesto á rendir vasallaje y pleitesía á los enemigos de su Dios y de su patria.

Se le supone viviendo en los tiempos de D. Alfonso II el Casto, y toda su vida desde su nacimiento hasta su muerte es una hermosa leyenda adornada con todos los encantos de la poesía y revestida con el hermoso ropaje del entusiasmo popular.

Empieza la tradición legendaria diciéndonos que Fruela I en expediciones contra los árabes hizo prisionera á una jóven adolescente llamada por unos Múnia y por otros Momerna, según todos los datos de estirpe real, y con ella casó más adelante, teniendo dos hijos, el que después había de reinar en Asturias con el nombre de Alfonso II el Casto, y su hermana D.^a Jimena, á quien, con circunstancias fantásticas y romancescas, se le hace madre de Bernardo del Carpio.

Las tradiciones populares refieren que D. Sancho ó Sandios conde de Saldaña, casó secretamente, ó secretamente tuvo amores, con la hermana del Rey de Asturias, y fruto de éstos fué el jóven Bernardo, cuyo nacimiento ocasionó la desgracia de su in-

afortunado padre, víctima de las iras del Monarca que le hace encerrar en el castillo de Luna privándole de la vista, obligando á su hermana D.^a Jimena á que se hiciese religiosa y criando á su hijo primero en las montañas y luego á su lado, fiando en él todas sus esperanzas, ya que no podía tener directamente quien le sucediera en el trono.

Y Bernardo creció sin saber su origen llegando á ser muy grande caballero en gentil disposición y hermosura, en fuerzas y en destreza, en consejo y en esfuerzo, y así pronto aventajó á todos los españoles siendo el brazo derecho del Rey y su poderoso auxiliar en las grandes empresas que realizara contra los árabes y en las revueltas interiores del reino.

Así permanece, según la leyenda, ajeno á los misterios de su origen hasta que dos caballeros parientes suyos, Velasco Meléndez y Suero Velázquez, valiéndose de dos señoras con ellos emparentadas, María Meléndez y Urraca Sánchez, noticiaron al joven quien era su padre y la triste condición en que, por ruda venganza del Monarca, se encontraba desde que aquel naciera.

Bernardo solicita una y otra vez el perdón y la libertad de su padre. Al principio el furor de su tío no tiene límites y aunque no le complació, no enfrió tampoco su cariño, ni impidió que el héroe legendario le siguiera ayudando en todas las empresas contra los árabes en Benavente y en Zamora y á las orillas del Duero, así como también que le hiciera vencer á un personaje fabuloso llamado D. Bueso, caballero francés que entró por territorio asturiano en son de guerra y vino á morir á manos de Bernardo.

Después de cada vencimiento pedía la libertad de su padre, ofrecida antes como premio de heroicas acciones, y negada siempre luego con insistencia por Alfonso el Casto, lo que obliga al héroe, disgustado con tan ingrata conducta, á abandonar al fin la obediencia del Rey en unión de otros caballeros sus parientes, fortificando un castillo junto á Salamanca, que se llamó el Carpio y que le dió nombre, haciendo contínuas incursiones en el territorio de su tío, á las que éste no tiene fuerzas ni apoyo para oponerse, estando como se encontraba en las postrimerías de su

vida. En tal actitud de rebeldía se le supone durante los reinados siguientes hasta el de Alfonso III el Magno, que fué quien dió la libertad al padre de Bernardo reduciéndolo así á su servicio.

También refiere la tradición que como el monarca Alfonso II el Casto, después de sus gloriosas expediciones y vencimientos contra los árabes, siguiendo la costumbre de entonces de que los reinos habían de ser feudatarios de los grandes imperios, mandó al emperador Carlomagno dos embajadores, Basilio y Froya, con magníficos regalos, y entonces la nobleza asturiana, con Bernardo del Carpio á la cabeza, interpretaron este acto como humillante, y como signo de sumisión y vasallaje y amenazaron primero al Monarca con buscar otro Señor, si insistía en sus propósitos cerca del rey de los Francos, desterrándole al fin sus sublevados magnates, y encerrándole en el monasterio de Abelania ó Abelánica, de donde sale para reinar segunda vez merced á la promesa que hiciera al héroe Bernardo, de revocar los pactos y contratos que tuviera con Carlomagno.

A Bernardo del Carpio se le hace héroe de dos sucesos importantísimos. Del vencimiento en la batalla de *Roncesvalles* contra los Francos, y de que á merced de su soberano esfuerzo y acendrado patriotismo logró la extinción y acabamiento del ominoso y fantástico *tributo de las cien doncellas*.

La leyenda popular, haciéndose eco de sucesos históricos, nos dice que Carlomagno en los momentos en que terminaba la guerra contra los Sajones, á quienes obligó á convertirse en cristianos, y cuando celebraba su dieta de primavera, recibió la visita de los embajadores de algunos estados hispano-musulmanes que acudieron á él deseosos de lograr su apoyo en contra de Abderramán.

Y Carlomagno acepta las proposiciones y pasa el Pirineo con numeroso ejército, y apoyado por el Walí de Huesca toma á Pamplona poniendo sitio á Zaragoza, el que bien pronto tuvo que levantar al tener noticias de que Wittikind el insurrecto jefe sajón había vuelto á rebelarse.

En la retirada desmanteló á Pamplona y comenzó á penetrar en

Francia por el puerto de Roncesvalles, yendo el Rey á la cabeza del primer cuerpo y en el segundo su corte.

Ya habían pasado la vanguardia y el centro, cuando los vascones desde las cumbres de las montañas de Altabiscar y de Ibañeta, cayeron sobre la retaguardia haciendo en ellos gran destrozo y pereciendo los principales de la corte francesa; y allí Bernardo del Carpio, que era el genio de la independencia que dirigía á aquellos indómitos montañeses, hace que se venza á los guerreros de allende los Pirineos, y es en vano que después de salvado Carlomagno en la huida, su primo el famoso Roldán, viéndose perdido, llame con su trompa de guerra, que estremece á las montañas, á los suyos que han pasado el desfiladero; es en vano que le rodeen los doce pares; es en vano que Roldán acometa á nuestro héroe con su espada Durindana, con la que, según la leyenda, de un tajo partiera un monte. Bernardo le levanta en sus robustos brazos y le ahoga; y allí perece con Eginardo, maestro sala de Carlomagno, con Anselmo, conde de Palacio, con los doce pares y con lo más florido del ejército franco.

Por espacio de muchos siglos, aquellos montañeses enseñaban la roca partida en su desesperación por Roldán y las huellas de las herraduras, marcadas por el caballo del héroe; y en la Capilla del Espíritu Santo, en la Colegiata de Roncesvalles, se enseñan aún sepulcros y trofeos de guerra, que se dice pertenecieron á aquellos héroes.

En otro suceso fantástico y legendario se le concede también alta personalidad á Bernardo del Carpio. En el tan discutido y fabuloso *tributo de las cien doncellas*.

Atribuido este vergonzoso tributo por unos al Rey Aureliò, y por otros á Mauregato por creerle más en relación con los árabes, como hijo de una mahometana, y consistente en dar todos los años los cristianos á los árabes, para fomentar los matrimonios entre ambas razas, cincuenta doncellas nobles y cincuenta plebeyas, no se encuentra citado hasta cuatro siglos después de los tiempos á que se refiere, aunque la leyenda le da origen en el socorro pedido por Mauregato á los árabes, y concedido sólo á cambio de tan vergonzoso tributo.

Sigue la leyenda asegurándonos la existencia de este pacto humillante, y por ello se dice que pudo concluirse merced á los esfuerzos de Alfonso II el Casto, de Ramiro I, y de Ramiro II; el Rey Casto, venciendo en Ledos ó Lutos al famoso moro Muga-llo, Ramiro I venciendo á los árabes en Clavijo, con el auxilio divino de Santiago, y luego Ramiro II decretando para su pueblo la emancipación de este tributo en la ciudad de Simancas.

Por eso los Leoneses colocan el hecho de libertar al pueblo del tributo de las cien doncellas entre las hazañas más preciadas de Ramiro I, celebrándola en una famosa quintilla, escrita en una sala de su Ayuntamiento y que dice así:

“Tuvo veinte y cuatro Reyes,
Antes que Castilla leyes.
Hizo el Fuero sin querellas,
Y libró las *cien doncellas*
De las infernales greyes,

instituyendo además la clásica fiesta anual de las *cantaderas*, en que diez y seis niñas, pertenecientes á las cuatro parroquias que tenía la ciudad en tiempo de Ramiro I, ván acompañadas del Ayuntamiento en procesión, desde la casa municipal á la Catedral, donde se celebra solemne función de gracias, por verse libres de aquel infame tributo.

De Ramiro II se cuenta que libertó á las doncellas del mismo tributo, entusiasmado por el heroísmo de aquellas siete vírgenes, que se cortaron las manos para conservar su castidad y nó caer en poder de los infieles; de cuya tradición dan testimonio los siguientes versos:

“Las siete doncellas francas
Por librarse de paganos,
Se cortaron sendas manos,
Y las tienen los cristianos
En la villa de *Simancas*.,

por lo que hubo quien pretendió provenía este nombre de las siete mancadas de la leyenda, olvidando que así se le llamaba con nombre romanizado, aún antes de la aparición del cristianismo.

A Bernardo del Carpio se le hace enemigo implacable del tributo de las cien doncellas, y al efecto nos dice la tradición,

que cuando se reúne el concilio para contestar al mensaje mahometano, en que se pedía el cumplimiento del olvidado tributo, viendo el héroe asturiano que casi están los magnates dispuestos á concederlo, más atentos á la conveniencia que á su propia dignidad, y viendo también que hasta el Rey Alfonso el Casto vacila, recuerda su agreste y hermosa independencia, y cual honrado montañés contesta á todos indignado:

“Que allí, entre riscos salvajes,
Al borde de los torrentes,
Ni el rubor sube á las frentes,
Ni se pagan vasallajes,,.

Y á todos los convence, y á todos los arrastra, y el tributo no vuelve más á pagarse, y Bernardo del Carpio aparece rodeado de la hermosa aureola con que se nos presenta, como el primer héroe de la independencia española en la edad media, y el primer protagonista de la gran obra de nuestra nacionalidad que han de continuar gloriosamente Fernán González y el Cid.

Todas estas leyendas tuvieron su asiento sólo en la fantasía popular, sin que de ellas se ocupen los autores de aquellos tiempos, ni los documentos auténticos de la época, empezando á hablarse de todo ello, cuatro siglos después de los sucesos á que se refieren, apareciendo por primera vez en los relatos de Lucas de Tuy y de Rodrigo de Toledo, y apadrinándolos más tarde el P. Mariana, y los que con él siguieron el sistema legendario para la historia.

Ahora bien; ¿podrá haber algo verdadero, ó por lo menos cierto fondo de verdad histórica en estas leyendas, relacionadas con Bernardo del Carpio? Indudablemente que sí.

Caso de existir, aunque la crítica hoy rechaza como personaje real y efectivo á nuestro héroe, los accidentes de su vida relatados son un tejido de anacronismos, que si la tradición popular los ha conservado en sus eternos libros de piedra, la historia, en sus eternos libros de verdad, no puede perpetuar más que lo que tenga sólidos fundamentos de certeza.

Pero existiera ó no Bernardo del Carpio, ó fuera, como otros creen, el pseudónimo con que se ocultaba el verdadero nom-

bre del generalísimo de los ejércitos de Alfonso el Casto, es lo cierto que su figura ha traspasado los siglos y que la poesía ha celebrado las hazañas de este héroe en hermosos romances, en el poema de Balbuena y en el drama de Lope de Vega.

Más como la crítica histórica encuentra siempre un fondo de verdad que dé vida á las leyendas y tradiciones populares, de aquí que veamos en Bernardo del Carpio el símbolo del guerrero que ayudó al destronamiento del II Alfonso, por creerle tenía aviesas intenciones de declarar el reino de Asturias como feudatario de Carlomagno; y el símbolo también de nuestro espíritu patriótico é independiente que, en aquellos momentos de lucha titánica, juzgaba caso de honor nacional realizar la empresa de la reconquista por ellos mismos, sin auxilio alguno de gente extraña.

Respecto á las fábulas y leyendas relacionadas con la batalla de Roncesvalles, sólo hemos de asegurar que acción tan memorable tiene certeza histórica, pues la testifica el secretario y cronista de Carlomagno, y entre nosotros el Monje de Silos. La confirman también la canción de Roland, poema tristísimo de los vencidos, escrito en el siglo XI, y el canto hermoso de Altabiscar, en que los españoles montañeses, á través de los siglos, celebran aquel triunfo glorioso.

Pero hay en este relato un anacronismo estupendo, pues que dicha verdadera batalla se dió el año setecientos setenta y ocho, reinando el usurpador Silo en Asturias, y mal pudo estar en ella Bernardo del Carpio, ó quien este héroe representara, con el carácter de general y pariente de Alfonso el Casto.

Á todas luces nació la confusión en los siglos medios de la existencia de otro descalabro en Roncesvalles, que sufrieron los francos en tiempo del II Alfonso, quien allí venció á las tropas de Ludovico Pío; pudiendo ser ésta la batalla gloriosa para España, en que conquistara laureles y fama imperecedera nuestro héroe, fabuloso ó verdadero, pero sin que ya se puedan relacionar con ella los libros de caballerías, las hazañas de Roldán y de los doce pares, y aquel adagio popular, que dice, refiriéndose á la primera batalla, “*mala la hubisteis, franceses, en esa de Roncesvalles.*”

Tampoco tiene fundamento alguno histórico la famosísima leyenda del tributo de las cien doncellas, con la que también se relaciona á Bernardo del Carpio, pues si bien es cierto que se la cree símbolo del trabajo de los reyes para facilitar las uniones de las razas árabe y cristiana, como quiera que ya, desde el principio de la venida de los musulmanes á España, comenzaban á efectuarse éstas, como lo prueba el casamiento de Abdelazis con la viuda de D. Rodrigo, y de muchos caudillos árabes con damas de la nobleza goda, resulta ridículo pensar que hubiera necesidad de establecer un ominoso tributo como éste, para buscar maridos á las cristianas españolas.

Sólo podremos afirmar que la aparición de esta fantástica leyenda no puede tener otra explicación que la del estado de abatimiento en que vivía el reino de Asturias, durante los reinados de los usurpadores Aurelio, Silo y Mauregato, y los vergonzosos tratos que, por sus relaciones íntimas de origen, celebraban con los musulmanes, dueños de casi todo el territorio español.

Á ésto quedan reducidas las seductoras tradiciones y leyendas que se relacionan con Bernardo del Carpio y con su vida: son sólo el símbolo hermoso de la grandeza y heroísmo de nuestro pueblo, y despiertan deseos de creer lo que la conseja popular refiere, de que este héroe no ha muerto, y que vive, y que vivirá eternamente encantado y protegiendo á España en el castillo de Calahorra; porque es el genio de la altiva fiereza española, el que ha animado todas nuestras grandes empresas, el que vió en sueños en figura de guerrero montañés Alfonso VIII, cuando reunía sus huestes para la batalla de las Navas, el que alentó las heroicas acciones de la conquista de Granada, y el que inspiró, sin duda, la épica grandeza de los hechos realizados por Castaños, Palafox y Álvarez Castro, en los campos de Bailén, en Zaragoza y en Gerona.

VI.

Tradiciones y leyendas sobre la batalla de Clavijo.

Después del largo y brillantísimo reinado de Alfonso II el Casto en Asturias y por no dejar éste sucesión directa, los grandes y preladados del reino, atendiendo á la expresa recomendación de aquel, eligieron por su Rey y señor á Ramiro I, hijo de Bermudo el diácono que, por sus condiciones de carácter, de rectitud y de juicio, había de ser un digno sucesor del anterior monarca.

Tal elección, que tan á gusto de la generalidad de los asturianos se había hecho, no fué grata sin embargo para los que aspiraban al trono y á quienes tuvo que vencer para asegurar sobre sus sienes la corona. Fué el primero el conde Nepociano que creyéndose con más derecho que Ramiro á la corona asturiana, por ser sobrino del II Alfonso, aprovechando la ocasión de que el Rey electo se hallaba en Castilla celebrando sus bodas, alzó armas en su contra, siendo vencido por el nuevo Rey en Galicia, junto al río Narcea, y castigado por el monarca vencedor aplicándole la pena de ceguera y muerte natural, establecida en las leyes góticas.

Igual suerte sufrieron otros dos aspirantes al trono, el Conde Aldroito y el prócer Piniolo, y ambos fueron vencidos, siendo castigados y muertos, y extinguida hasta su descendencia.

Fué inexorable este monarca, no sólo con los rebeldes y traidores, sino con toda clase de delincuentes, purgando sus estados de ladrones, salteadores y magos, y rechazando una atrevida incursión de gente extraña y aventurera que, con el nombre de Normandos, llegaron á Asturias, y á quienes venció, causándoles gran matanza, incendiando sus naves y haciéndoles perderse nuevamente en los mares, para intentar nuevas aventuras, con mejor fortuna, en Lusitania y en Andalucía.

Todos estos hechos, que acusaban la rectitud y carácter de Ramiro, le hicieron ser llamado *el de la vara de la justicia*; y conquistando nuevos y merecidos prestigios en la guerra, pe-

leando con los árabes y venciendoles en dos batallas, que desgraciadamente no se mencionan cuales fueran en la crónica de Alfonso el Magno, pero que se sabe fueron dadas contra las tropas de Abderraman II, que con sus crueldades y violencias se había hecho odiado y execrable para todos.

Este silencio y el afán de rodear todos los sucesos de aquella época de un fondo maravilloso y casi divino, hizo que más tarde á una de estas batallas se la llamase de *Clavijo*, que en ella la tradición popular hiciera intervenir al apóstol *Santiago* y que, como consecuencia de todo esto, la piedad cristiana ofreciese á perpetuidad un *voto* á favor de este apóstol y de su iglesia de Compostela, rodeando todos estos sucesos de una aureola misteriosa y envolviéndolos en tradiciones y leyendas, que han pasado tal como se concibieron á través de los siglos.

La tradición legendaria de estos sucesos nos refiere que indignado el rey D. Ramiro por haber recibido una Embajada reclamándole el odiado tributo de las *cien doncellas*, reunió córtes en León y allí, en presencia de los principales de su reino, Arzobispos, Obispos, Abades y varones ilustres, todos poseídos de santa indignación, acordó no satisfacer más aquel infame tributo y, en cambio, declarar la guerra al feroz y sanguinario Abderraman.

Así las cosas, y formando grueso ejército con todos los que por su edad y vigor eran capaces de tomar las armas, empezaron las operaciones militares contra los musulmanes por la parte de la Rioja y llegando hasta Nájera y Albelda.

No pensaban los cristianos que era ni podía ser tan crecido el número de los enemigos á quienes habían de combatir, viéndose envueltos por un diluvio de mahometanos, no sólo de España sino de toda África, y principiándose la batalla cuyos comienzos fueron desgraciadísimos para nosotros durante el día, retirándose por la noche á llorar su desgracia y ver de rehacer sus dispersas huestes al vecino cerro de Clavijo. Allí esperaban los asturianos llenos de terror el nuevo día, cuando, quedándose dormido Ramiro, vió aparecersele en sueños y en figura corporal el apóstol Santiago, que hablándole amistosamente le alentó para

que volviese el día siguiente á la pelea, seguro de que quedaría vencedor, pues él mismo combatiría á la cabeza del ejército cristiano.

Y sigue la tradición. Y cuenta que atónito el Rey, luego que amaneció convocó á sus nobles y prelados que iban en el ejército y á los principales capitanes de él, y comunicándoles su sueño, todos le creyeron signo evidente del favor divino y locos de alegría ansiaban el momento de volver á entrar en combate seguros del vencimiento, ya que les iba á guiar un general invencible como era el apóstol Santiago.

Después de recibir los sacramentos comenzaron entusiastamente la batalla, dando por vez primera el sagrado grito de guerra español de "*¡Santiago! ¡Santiago! Cierra España,*" que desde entonces fué costumbre seguida por nuestro ejército al entrar en las batallas, comenzando la pelea con el socorro visible del Apóstol, que en los aires se les apareció montado en blanco corcel y también vestido él de blanco y llevando en su mano flamíjera espada. El entusiasmo de los cristianos no tuvo límite: su ardimiento y el favor celestial se dejaron sentir bien pronto, haciendo tal estrago en los infieles que quedaron en el campo de batalla más de sesenta mil moros, sin contar los que acuchillaron persiguiéndolos hasta Calahorra.

Agradecido D. Ramiro, nos dice la tradición que escogió al santo apóstol por *patrón de España*, y de entonces acá así lo es y de la caballería española; añadiéndose otra leyenda fundada en esta batalla cual fué el *llamado voto de Santiago*, concedido por privilegio de D. Ramiro en la ciudad de Clavijo, por el que se supone haber hecho la nación española voto general y perpetuo de pagar anualmente á la iglesia de Santiago, una medida de los primeros y mejores frutos de la tierra y aplicar al santo apóstol una parte del botín que se recojiese en guerra contra los moros, y considerándole como el primer soldado del ejército de caballería, ya que á su misterioso y celestial esfuerzo y dirección se había debido el vencimiento.

Hasta aquí la tradición legendaria de los sucesos, seguramente forjada por el arzobispo D. Rodrigo y corregida y aumentada

por el P. Mariana, pero de la que para nada se ocupan los cronistas contemporáneos á estos sucesos hasta que, cuatro siglos después de ellos, se le ocurrió inventarla al insigne fantaseador Prelado toledano.

Veamos ahora lo que hay de verdad en estos sucesos.

El rey D. Ramiro I, que ya desde los tiempos de Alfonso II el Casto, venía, según el sentir de algunos historiadores, asociado al trono y gobierno del reino, é indicado para sucederle, fué un Rey guerrero y esforzado y no cabe duda que peleó ardientemente contra los árabes. Pero de esto á dar certeza histórica á la batalla de *Clavijo* media una gran distancia, toda vez que se parte del falso supuesto del tributo de las cien doncellas, que ningún historiador del reinado de D. Ramiro, entre ellos D. Alfonso el Magno, su nieto, se refieren á la misma y ni siquiera la mencionan. Añádase á esto que ni el monje de Albelda ni el de Silos, ni Sebastián de Salamanca, ni ninguno de los antiguos cronistas la consignan tampoco, y se comprenderá que es muy posible que esta batalla haya sido confundida con la de Albelda, dada en tiempo de Ordoño I contra el renegado Muza-ben-zeyad, por todos ya reconocida como la batalla á que se refiere la piadosa tradición que hemos referidó.

Aplicándola á la una ó á la otra, no es posible que católico alguno niegue la invisible asistencia de Santiago á los cristianos, y aún puede todavía creerse que la presencia en la batalla del Santo Apóstol fuese visible para el Rey y para el ejército, pues así lo confirma piadosa tradición de muchos siglos, y así lo consigna también el himno particular que se le dedica por la iglesia católica en el rezo de su festividad particular.

Queda, pues, sentado que la batalla de Clavijo ó de Albelda, fué cierta á todas luces; de piadosa tradición no interrumpida en las edades, la visible y milagrosa intervención del Apóstol en esta acción guerrera, cuya intervención es indudable para todo creyente; y la concesión del voto de Santiago, muy justa y debida á tan señalado favor como el que del Apóstol se había recibido y á las piadosas costumbres de la época en que se hizo.

No podemos decir lo mismo respecto al pretendido fundamen-

to de esta batalla, que se indica ser el tributo de las cien doncellas, falso á todas luces, como repetidas veces hemos dicho; así como es apócrifo y de siglo distinto al que se le supone el diploma atribuído á Ramiro I, creando este privilegio á favor del Santo Apóstol.

No es esto decir que tan dudoso documento sea causa para negar la existencia de dicho voto, que es indudable y de prescripción inmemorial; y se funda, no en lo que el diploma expresa, sino en la piadosa gratitud de los españoles á Santiago; creyén, dose que se introdujo en el siglo X, como tributo voluntario, confirmado por la piedad de los Reyes desde San Fernando en adelante, y el sentimiento de los pueblos que lo pagaron y lo hubieran satisfecho sin necesidad del documento apócrifo en que se supone creado; y aún puede creerse que todavía por razón de piedad, y no fuerza de ley, seguiría pagándose, si las doctrinas reformistas y revolucionarias de principios del pasado siglo no hubieran invocado los argumentos legales que se invocaron entonces, y siempre, cuando iban en perjuicio de bienes ó preeminencias materiales concedidas á la iglesia católica de España por la piedad de nuestros mayores.

De igual modo, y esclavos de la verdad histórica, podemos asegurar que es apócrifo y completamente falso el diploma de D. Ramiro, llamado "*del voto de Santiago*", como lo demuestran las incongruencias, anacronismos y absurdos de que está plagado; porque su lenguaje es impropio de un Rey cristiano; porque su fecha es ocho años anterior al reinado de Ramiro; porque el original del mismo diploma no ha parecido aún; por suponer la corte de Asturias en León, cuando todavía estaba en Oviedo, porque en él firman un Arzobispo de Cantabria y un Obispo de Asturias, que no existieron nunca, y porque su falsedad está probada por obras de teólogos notables y de piadosos escritores, especialmente del siglo XVI en adelante, entre otros el canónigo de Lugo D. Joaquín Antonio del Camino, el maestro José Pérez, el P. Flores en su *España Sagrada* y el Deán Ortiz y Sanz, que le cree invención de un Cabildo Compostelano de la edad media, y á todas luces hecho en el siglo XII, como lo de-

nuncia su estilo, y por mano extranjera, cual lo indican las especialidades de su lenguaje.

Aseguremos, pues, que es falso el diploma del voto de Santiago, cierta y respetada la existencia de este voto, así como la piadosa tradición que nos presenta protegiendo el Apóstol á los cristianos en la batalla de Clavijo ó de Albelda, y ridículas las censuras de nuestros vecinos los franceses porque mezclamos tradiciones de piedad en nuestra historia, cuando ellos, como todos los pueblos creyentes, las mezclan también con fortuna en sus narraciones históricas, como prueba de la piedad cristiana que les anima. Recordemos, si nó, lo que el historiador y Arzobispo de París, Pedro de Marca, nos refiere, como cosa muy cierta, que en batalla dada por los franceses á los normandos en novecientos ochenta, se le apareció al ejército el mártir San Severo, en traje de capitán y montado también en caballo blanco, dirigiendo la batalla, y venciendo á los enemigos, en cuya memoria, y por tal reconocido milagro, el Duque de Gascuña, Guillermo Sánchez, hizo un *voto*, que cumplió, de fundar el monasterio de San Severo en la ciudad del mismo nombre.

Así proceden todos los pueblos que tienen asentadas sobre sólidas bases sus creencias religiosas. ¡Desgraciados de los que reniegan de ellas, y viven sólo en medio de sus torpes egoísmos ó de un materialismo grosero y demoleedor, que no les puede nunca prestar alientos y consuelos en los rudos combates de la vida!

VII.

Leyendas y tradiciones del Conde Fernán González

En los primeros tiempos de la reconquista española por la parte de Asturias fué costumbre que aquellos reyes, y luego los privativos de León, siguiendo antiguas tradiciones góticas, nombrasen gobernadores de plazas fronterizas, á quienes, como en los tiempos pasados, se les dió el título de Condes.

El punto donde primero los hubo fué en la antigua Bardulia, antes Cantabria, y después Castilla, llamada así por el gran nú-

mero de castillos en esta región existentes, para su defensa fronteriza con los árabes, teniéndose noticia de que los hubo desde el tiempo de Fruela I, y siendo no uno, sino varios, bajo la dirección del jefe de todos, y la inmediata dependencia del Rey asturiano ó leonés.

Es D. Rodrigo, el fundador de Amaya, aquél de quien se tiene primera noticia, y al que sigue Diego Rodríguez Porcellos, fundador de Burgos, y otros, pero siempre teniendo la idea de hacerse independientes, como lo prueban los disgustos y rebeldías que por esta causa tuvieron con los reyes de León y el cambio brusco de condición por el cual, después de la muerte dada á algunos condes, con posterioridad á la cita de Tejares, aparecen ya los castellanos con jueces propios que les administran justicia, y suenan los nombres de Lain Calvo y Nuño Rasura, que vela por los asuntos de justicia y guerra y aplican con celoso escrúpulo las atinadas disposiciones del Fuero Juzgo.

No habían pasado ocho años cuando se señala como Conde de Castilla á Fernán Conzález, cuyo nombre llena la historia de este período, y á cuyo alrededor surgen portentosas tradiciones y leyendas, que le hacen ser uno de los héroes más famosos de la España caballeresca, y á quien la historia, en sus altos fueros de verdad, no puede escatimarle las glorias que alcanzó con la independencia de Castilla, y por haber puesto la primera piedra para la creación del reino de este nombre.

Su fama se agrandó más por la ayuda que prestó á los reyes de León en la obra de la reconquista, no escaseando novelescos sucesos en su vida, auxilios portentosos de la divinidad en sus luchas con los musulmanes, y particularmente en sus empresas con Almanzor, siendo notables sus aventuras en Navarra y en León, y la oportuna intervención en ellas de su esposa D.^a Sancha, coronando todos sus prestigios, y añadiendo á todas sus habilidades la que empleara para lograr la independencia de su condado.

Por eso la tradición y la leyenda se ciernen alrededor de su nombre, diciéndonos ante todo que el Conde Fernán González era famoso desde su mocedad y ya desde joven comenzó á ha-

cerse notable por el desafío que se dice tuvo con Sancho Abarca, rey de Navarra, por que habiéndole negado la satisfacción que por medio de Embajadores pidiera el Conde castellano, penetró este con su ejército en los dominios de aquel, dándose ruda batalla que quedó indecisa, lo que obligó para decidir el triunfo á que pelearan cuerpo á cuerpo Fernán González y el Rey de Pamplona, que allí queda muerto, así como el Conde de Tolosa que para vengar á su Rey combate con el castellano, siendo estos dos actos de valor los que decidieron su triunfo y el de todo el ejército.

Todavía sigue la leyenda presentando á Fernán González realizando actos heroicos como el de la batalla de San Quirce, donde se asegura que con cien jinetes y quinientos infantes derrotó un numeroso ejército de infieles, lo que hizo que, agradecido al santo protector de sus hazañas, mandase edificar en el lugar donde se habían realizado aquellos sucesos, una suntuosa iglesia que á perpetuidad recordase á aquellos habitantes el favor del cielo en la lucha contra los moros.

Legendario es también lo que se dice que hiciera el día antes de la batalla de Simancas, en que se supone que él y el Rey de León ofrecieron á los santuarios de Santiago y San Millán un donativo á perpetuidad, si les concedía la victoria, y que en el día del combate, un eclipse de sol privó á los hombres de luz por más de una hora y aparecieron en el aire estrellas ambulantes y cometas de figura espantosa, abrasándose las tierras en viva llama, y viéndose en los aires sobre blancos corceles á dos personajes celestiales, en los que creyeron ver á aquellos Santos que hacen ganar con su divina protección á leoneses y castellanos las batallas de Simancas y de Alhandega.

Y aún siguen los noveladores rodeando de triunfos y de misteriosas intervenciones la persona de Fernán González, haciéndole vencer á un supuesto caudillo moro llamado Acéifa, é intervenir en las batallas que ganó al célebre Almanzor, regente y supremo gobernador del califa Hixem II, donde no faltaron lances dramáticos, aventuras de novela, patentes prodigios y hasta milagros. En efecto, Almanzor, con su ejército de ochenta

mil hombres, acomete á las fuerzas del Conde de Castilla, inferiores en número, pero éste les aguarda resuelto en la Villa de Lara, y mientras llegaba el ejército árabe, se entretuvo en perseguir un jabalí que huyendo del monte se metió en una ermita en que vivían retirados tres santos varones, Pelayo, Arsenio y Silvano; y allí, orando y hablando con Pelayo pasó la noche, asegurándole el ermitaño que ganaría la batalla, pero que antes ocurriría una catástrofe impensada, lo que sucedió al día siguiente, en que, al adelantarse el caballero Pedro González, se abrió la tierra y lo tragó; viendo en esto Fernán González señal evidente de la victoria, acometió con ímpetu á los árabes y los venció, como más adelante los venció también en combate que duró tres días, y con los detalles que el ermitaño Pelayo le revelara la noche antes de la batalla. Y como muestra de agradecimiento de aquellos triunfos milagrosos contra Almanzor, reedificó el Monasterio de San Pedro de Arlanza, al que dedicó sus cuidados y afanes toda su vida.

No podían faltar tampoco, entre estas leyendas de Fernán González, aventuras amorosas, y entre otras es notable la que se relaciona con su enlace con D.^a Sancha de Navarra. Refiere la tradición que la reina viuda, D.^a Teresa, deseando vengar la muerte que el Conde había dado á su padre, le indujo con torpes halagos á que se casara con su hermana D.^a Sancha, con la torcida intención de encarcelarle en Pamplona, como lo hizo en cuanto aquél llegó; no aprovechándole el ardid, pues que la prometida Princesa le sacó de la cárcel y, huyendo con él, marcharon á Burgos, donde se casaron.

Tras ellos sale el Rey de Navarra, para vengar lo que creía su afrenta, pero con tan mala fortuna, que quedó preso del Conde, el que así lo tuvo por espacio de un año. Todavía se vé envuelto en nuevos lazos el castellano, y al ir á León engañado para asistir á las Cortes del reino, fué preso, sacándole del encierro su varonil esposa D.^a Sancha, que, bajo pretexto de peregrinación á Santiago, fué á León, y allí obtuvo la gracia de pasar en la cárcel una noche con su esposo, facilitando la evasión de éste, vistiéndole con sus ropas y quedando ella en la cárcel;

lo que al cabo perdonó y aplaudió el Rey de León, por el móvil que había impulsado á tomar estas determinaciones á dicha señora.

Pero la más hermosa leyenda de todas las que se cuentan del Conde Fernán González, es la que se relaciona con la manera de hacerse Conde Soberano independiente de Castilla. Cuenta la tradición, que el rey D. Sancho de León se enamoró de un hermoso caballo y de un alcón muy hábil que el Conde tenía, y aunque se los ofreció como regalo, no quiso aceptarlos más que á título de compra, á precio muy elevado, y con plazo para el pago, pasado el cual, cada día que transcurriera se iría duplicando el precio de los objetos adquiridos. No dice la leyenda por qué no los pagó el Rey, pero sí que al cabo de siete años, resentido el Conde por malos tratamientos del Monarca, exigió el pago de la deuda, que había acrecido á suma fabulosa, no habiendo en el tesoro real dinero bastante para satisfacerla, y teniendo que venir ambos á un arreglo, consistente en reconocer el Rey de León la independencia del estado de Castilla, sin que en adelante tuviera que tener para con él ni sus sucesores, ningún género de vasallaje y pleitesía.

Las consejas populares transmitidas de generación en generación, llevadas más tarde al romancero, á la novela y al teatro, y acogidas por algún historiador, poco escrupuloso en materia de tradiciones y leyendas para la historia, dieron origen á todas las que se relacionan con el Conde Fernán González y que tratan de destruir, ó al menos transformar, el verdadero carácter del héroe castellano.

No necesita grandes esfuerzos la crítica histórica para desvanecer estas leyendas.

Olvidaron los creadores de la primera, referente al Rey de Navarra Sancho Abarca y al Conde de Tolosa, que aquel Rey murió el novecientos veinte y seis, en cuyo tiempo gobernaba á Castilla el abuelo de Fernán González, Nuño Rasura, y no habiendo nacido aún el protanista de esta leyenda,

En cuanto á sus victorias con los infieles, fueron tantas las exageraciones que mezclaron en sus relatos, sin prueba divina

ni humana que las confirme, que la crítica histórica tiene que rechazarlas de plano, viendo imposturas como la del supuesto general moro Acéifa, que ni fué moro, ni cristiano, ni general, ni hombre; y como el suponer que, á fines del reinado de Ordoño III, es decir, veinte y tres años antes de que Almanzor fuese regente en el Califato de Córdoba, Fernán González le ganase las dos batallas referidas.

Tampoco es posible que corran como moneda de buena ley las aventuras relacionadas con su casamiento y con la independencia de Castilla y las cautividades del Conde, pues que los documentos y las crónicas ciertas de aquellos tiempos aseguran que Fernán González estuvo casado con Sancha, hija de García el Trémulo de Navarra, matrimonio que se verificó sin los romancescos atavíos con que le adorna la leyenda; explicando al fin la historia las distintas prisiones que sufrió Fernán González en su vida, por las continuas revueltas en que éste intervino contra los Reyes de León, llegando hasta presentar candidatos al trono y logrando por su propio esfuerzo y como producto de su habilidad y premio á sus hazañas, la independencia de sus estados y el que la historia, á través de los siglos, asegure que al hacer independiente su condado, fué el primer soberano de Castilla, dió á esta soberanía el carácter de hereditaria y logró que se diga de él que eclipsó con sus hechos la fama de todos los Condes castellanos que le precedieron y siguieron, y aún de los monarcas leoneses de su tiempo, y que, aumentando de día en día su poder, logró paso á paso la independencia de Castilla.

La severidad histórica nos obliga á dejar sentado que en medio de todos estos prestigios, los obscurece algo el que por su ambición de independencia se retrasó la hermosa obra de la reconquista, y aunque se creó un nuevo estado cristiano, se aumentaron las rivalidades entre todos estos y se dieron armas, con tales interiores rencillas, á que prosperase el poder de las armas agarenas en nuestra patria.

Es la última aureola que ciñe la frente del Conde Fernán González, además de ser uno de los prototipos de la hidalguía castellana y del caballero español y cristiano, el que jamás se alió con

los sarracenos ni transigió nunca con los enemigos de su patria y de su fé.

El poderoso estado castellano que con su independencia creara Fernán González, continuó potente y hábilmente dirigido, primero por su hijo García Fernández, y luego por su nieto Sancho García, que siguieron la tendencia caballeresca del gobierno de su antecesor que dió vida á las famosas leyendas de *los siete infantes de Lara* y de la novelesca creación de *los Monteros de Espinosa*, que, teniendo parte de ficción y parte de verdad histórica, revelan bien claramente el estado de la nación en los tiempos medioevales y cómo, al realizarse hechos sublimes y extraordinarios, se apoderó de ellos la fantasía popular para darles vida bajo la forma seductora de la tradición ó de la leyenda.

VIII.

Leyendas del Cid.

Con dificultad podrá encontrarse un héroe español en todas las épocas de la historia de fama tan universalmente reconocida, como aquel guerrero de la edad media llamado Rodrigo Díaz de Vivar, conocido con el nombre del Cid Campeador, terror de los moros, admiración de los cristianos, tipo perfecto del castellano de su época, y cuya popularidad fué tanta, que todos los historiadores del mundo le conocen, su nombre aparece en todas las literaturas, y su prestigio es tal que llegó á eclipsar la fama y grandeza de las más relevantes figuras históricas de su tiempo.

Pero esta fama misma y esta grandeza le rodearon de tales prestigios y de una aureola tan especial, que casi le diferenciaban de los demás mortales sus contemporáneos, y fué causa de que su vida toda, desde su juventud hasta después de su muerte, se vea adornada de una serie de aventuras, traducidas en hechos extraordinarios, de que bien pronto se apoderaron la leyenda y la tradición popular, haciendo de él un ser extraordinario y casi

ideal, y siendo causa de que, á veces, sus grandes hechos de armas, con ser tan conocidos, se hayan puesto en duda ó se hayan desvirtuado por los exagerados entusiasmos de la fantasía popular.

Y se ha llegado á tanto con estas exageraciones que ha habido historiadores que, apoyándose en ellas, han puesto en duda su verdadera existencia histórica, teniendo la crítica que emplear todos sus atinados recursos para justificar la verdadera existencia del Cid y destruir las malévolas afirmaciones de sus destructores, especialmente extranjeros, que, como enemigos eternos de nuestras glorias nacionales, no pudiendo consentir nunca que tuviéramos un héroe de semejante talla, creyeron lo más cómodo suprimir su nombre de un sólo golpe, haciéndole únicamente enjendro de la fantasía de los poetas ó de la atrevida creación de los noveladores.

Surgen, pues, desde el momento mismo en que comienza á estudiarse al guerrero notable y esforzado de la corte de Alfonso VI, dos personajes enteramente distintos: el Cid de la leyenda y el Cid de la historia, con sus fascinadores encantos y rodeado del misterio y de lo maravilloso y sublime el primero, con toda la grandeza del guerrero cristiano y español el segundo. Precisa, pues, conocer, siquiera sea someramente, al uno y al otro para que los hechos legendarios que se le atribuyen y los verdaderos consignados en la historia, hagan de él el tipo perfecto y acabado del noble guerrero castellano de la edad media, prototipo incomparable de la lealtad, la religiosidad y la hidalguía.

La leyenda le presenta desde mozo con gran travesura y extraordinario valor, y dando señaladas muestras de las excepcionales condiciones de que estaba adornado. Cuéntase que, afrentado su padre por el Conde de Gormaz, estaba en situación tristísima, sin comer ni dormir, al no poder por su edad vengar tal afrenta, lo que conocido por Rodrigo, desafió al Conde y le mató, cortándole la cabeza, y colgándola del arzón de su caballo, se la presentó á su padre, haciéndole ver que la lengua y mano del Conde no volverían á afrentarle, y que su honor había quedado diligentemente vengado. El Conde, gozoso, vió en su

hijo un heróico representante de la casa de Lain Calvo y, abrazándole, le sentó á la cabecera de la mesa, diciéndole

“Que quien tal cabeza trae
Será en mi casa cabeza,,

Lo peregrino de esta leyenda es que la hija del Conde de Gormaz se enamora locamente de Rodrigo, y como no podía casarse con el asesino de su padre sin obtener el perdón real, se arrodilla ante el Rey de León, y llorosa lo demanda, hasta que concedido é indultado el guerrero de la pena á que se había hecho acreedor, verificase la boda con romancescas aventuras, y con promesa tan extraordinaria, como la de no *conocerla* hasta que hubiese ganado cinco batallas campales, como lo consigue, cautivando cinco reyezuelos moros.

Sigue la tradición novelesca acumulando hechos notables sobre el Cid y refiere que, al ir en peregrinación á Santiago de Compostela con otros caballeros, vieron á un leproso que en un barranco rogaba á todos que le pasaran por caridad. Todos volvieron la vista con horror, menos Rodrigo, que le dió la mano, le cubrió con su capa, le subió en su mula, y luego en su posada le sentó á su mesa, comió en su escudilla y se acostó con él, en medio de la estupefacción de sus compañeros, que se creían contaminados de la lepra. A media noche despertó nuestro héroe al sentir en sus espaldas un soplo fuerte, y no halló al leproso; pero, á poco, visión celestial le presentó un hombre vestido de blanco, expidiendo suave olor, que le declaró ser San Lázaro, al que en forma de leproso había socorrido, y le notificó de parte de Dios que alcanzaría en su vida fama imperecedera, que sería temido de moros y cristianos, que moriría con honra, y que cuantas veces sintiera soplo igual al de aquella noche, sería divino anuncio de que llevaría á feliz término las cosas emprendidas.

La novela se apoderó del nombre del Cid después de su destierro por Alfonso VI, y cuenta cómo al salir de su casa juró que no tocarían tijeras á su barba como símbolo de la pena que le causaba dejar su tierra contra su voluntad, pena que se aumentaba cuando al pasar por Burgos nadie le recibía por temor á las iras

del monarca, comenzando entonces la serie de aventuras que corona con la conquista de Valencia, donde, al ir los Almoravides mandados por el rey Búcar, Rodrigo mató un número crecido de enemigos y buscó al rey moro para pelear con él; Búcar huyó ganando la orilla del mar, y el Cid le tiró la tizona, hirriéndole, siendo innumerables los moros que á su mano murieron aquel día.

Cuando más tarde volvió el mismo rey moro con crecidísimo ejército á sitiar á Valencia, estando el Cid durmiendo tuvo otra celestial aparición, que era San Pedro, el que le anunció restáble solo treinta días de vida, pero asegurándole que sus gentes vencerían á Búcar, y tú mismo, aún muerto, le dice, les alcanzarás el triunfo con la ayuda de Santiago, y después de que té hayas confesado y arrepentido de tus culpas. Tal visión la comunicó al día siguiente á sus compañeros y, sintiéndose malo, se confesó con el obispo D. Jerónimo, preparándose para morir, haciendo su testamento, despidiéndose de su esposa D.^a Jimena y de sus fieles amigos y encargándoles lo que habían de hacer para lograr el vencimiento contra el rey musulmán.

Sólo eran pasados tres días de la muerte del Cid cuando el rey Búcar y los treinta y seis reyezuelos que le acompañaban plantaron sus tiendas delante de Valencia, con crecido ejército y con un escuadrón de feroces negras, que ponía espanto á cuantos lo miraban. A los doce días del sitio, y hecho cuanto el Cid ordenara, salieron los cristianos de la ciudad, llevando el embalsamado cadáver de Rodrigo montado en su fiel caballo Babieca, merced á una artificiosa máquina de madera fabricada por su segundo Gil Díaz. Al verle los árabes tan derecho sobre el caballo, los ojos abiertos, su tizona en la mano y escoltado por todo su ejército, al que acompañaba D.^a Jimena, no pudieron resistir más que los primeros ataques, cundió en ellos el desaliento, el espanto se apoderó de todos y fué muy grande la mortandad de moros que se hiciera en aquella batalla ganada por el Cid después de muerto.

Legendario es también lo que se dice que ocurrió en el monasterio de San Pedro de Cardaña, donde se depositó al Cid des-

pués de su muerte. Dícese que allí se colocó el cadáver del Campeador, á la derecha del altar, en una silla de marfil y con una mano descansando sobre su espada; que allí entró un judío y osó mesarle la barba, obrando Dios el milagro de que al soplo divino se animase la mano del Cid, y casi sacando su espada, atemorizó al judío, que á gritos contó á todos el portentoso milagro, haciéndose cristiano y entrando al servicio de Gil Díaz.

Es la última de las tradiciones fabulosas que corren, referentes al Cid, la que hace relación con la aventura de sus yernos los infantes de Carrión. Cuenta el novelador que contra la voluntad del Cid se verificó el doble enlace de los infantes con las hijas de Rodrigo, D.^a Elvira y D.^a Sol, como las llama la leyenda, permaneciendo los matrimonios dos años en Valencia, y siendo testigos del heroico proceder del Cid, cuando venció y forzosamente volvió á la jaula á un león que había escapado de ella, lo que puso en consternación á todos los caballeros y llenó de espanto á los infantes, que ocultos huyeron del peligro, para recibir después las burlas de todos por su cobardía, lo cual les llenó de cólera, que juraron vengar en la primera ocasión oportuna.

La leyenda sigue presentando á estos infantes con los más negros colores, primero reclamando y obteniendo un gran botín de lo que recogieron al vencer al rey Búcar, que tranquilos ofrecieron ir á disfrutar á Carrión. Luego se les muestra en Molina recibidos cortesmente por el rey moro Aben-Galvon, aliado del Cid, que espontáneamente les enseña sus riquezas y tesoros, y ellos infamemente proyectan arrebatárselos con la vida, pero, descubierto este plan de traición, tienen que marchar de allí, aunque libremente, merced á la generosidad del moro; y por último, en el camino, y en medio del campo, en los montes de Corpa, realizaron la más cobarde hazaña que imaginarse puede, en las personas de sus esposas. Hicieron marchar delante la comitiva; ya solos, las desnudaron, y con correas y espuelas las azotaron bárbaramente, abandonándolas luego en el bosque á la inclemencia del tiempo y á la rapacidad de las fieras.

Temeroso Félez Muñoz, primo de ellas, que les acompañaba, de que les hubiese ocurrido alguna desgracia, y dudando siem-

pre de la lealtad de los infantes, volvió al sitio donde creyó encontrarlas, y las halló, casi moribundas, conduciéndolas cuidadoso á la torre de D.^a Urraca, y después á Valencia, donde conocido el hecho por el Cid, juró venganza tan cruel como merecida, que no se hizo esperar mucho tiempo. Reclamó justicia al Rey de Castilla, y en Cortes convocadas al efecto presentó el Cid su querrela, reclamando á más sus dos espadas *celada* y *tizona*, que había entregado á sus yernos, así como las riquezas que les diera. A todo accedieron los árbitros, y verificado después formal combate para vengar su afrenta, fueron vencidos los infantes de Carrión, y más tarde se casaron las hijas del Cid con los infantes de Navarra y Aragón.

Hasta aquí la serie de leyendas y de tradiciones populares que rodean la vida toda de Rodrigo Díaz de Vivar, y que nacidas de imaginaciones fantaseadoras de árabes y cristianos, se concretan en las obras del árabe Aben-bassan, y en las de los cristianos Lucas de Tuy y Jiménez de Rada, uniéndose á ellas los hermosos romances sobre su vida y las producciones dramáticas de todo género, lo mismo españolas que extranjeras.

Todas estas leyendas están desprovistas de fundamento histórico, cierto y evidente, y cuando más la del casamiento del Cid, nos revela hechos verdaderos envueltos en fabuloso ropaje; los misterios y apariciones de que se le rodea, indican su religiosidad y la hermosa fe ciega de aquella época; los hechos de armas que refieren, aunque con exageraciones inverosímiles, pruebas son del entusiasmo que supo despertar en todos y el prestigio y terror que inspiró á los árabes hasta después de su muerte; y en cuanto á las aventuras de los infantes de Carrión, á todas luces se nota su falsedad y que es grosera invención de algún descarado enemigo de aquella antigua noble casa castellana.

Siendo ajeno á nuestro propósito hacer al detalle la verdadera historia del Cid, bastará sólo que aseguremos que nació en la aldea de Vivar, cercana á Burgos, en la primera mitad del siglo XI, siendo su padre Diego Lainez, descendiente del famoso Lain Calvo. Armado caballero en Coimbra, en su juventud acompa-

ñó á Fernando I en sus expediciones á Portugal y luego, súbdito fiel de Sancho II, combatió contra Alfonso de León y García de Galicia, siendo el alma del ejército en la batalla de Golpejar, y representando papel importantísimo en el cerco de Zamora. Y cuando Sancho muere por la traición de Vellido Dolfos, él es el que, en nombre de la nobleza castellana hace jurar tres veces á D. Alfonso en Santa Gadea no haber tenido parte alguna en la muerte de su hermano; y ofendido el nuevo rey por la osadía del noble castellano, le trató con tal despego que se desnaturalizó de Castilla y pasó á Aragón, donde por cuenta propia hizo la guerra, auxiliando á Almutamín, rey moro de Zaragoza, contra su hermano Almondir, á quien socorría el conde de Barcelona Berenguer Ramón II, dos veces hecho prisionero por el Cid; emprendiendo después la conquista de Valencia, que realiza y muriendo á fines del siglo XI. El nombre de *Cid*, que quiere decir *señor*, se lo dieron los árabes, llamándole así, según unos, por ser señor de estado ó mesnada dentro de un reino, y, según otros, significando el guerrero del *rostro tapado*, por que á causa de sus muchas campañas nunca se quitó los arreos militares ni se levantó la visera.

Este es, en poquísimas palabras, el Cid de la historia, y para conocerle tal cual él fué tenemos que acudir al auxilio que la literatura nos presta, con la *leyenda de las mocedades de Rodrigo*, el *poema del Cid*, el *romancero*, la *Gesta Roderici Campidocti*, la *Crónica general ó Estoria de Espanna* y la *Crónica del Cid*, que con la *Crónica abreviada* y *Crónica cumplida del infante D. Juan Manuel*, la *Crónica general de Castilla*, de autor desconocido y el *Tratado de los fechos de Ruy Diaz*, de mil cuatrocientos noventa y ocho, por tres compañeros alemanes, presentan en toda su verdad la sorprendente figura del Cid y á las leyendas con él relacionadas les dan el carácter y condición que se merecen.

Todavía más; el teatro francés y el español han immortalizado con sus producciones la figura del Cid, siendo Corneille el que, allende los Pirineos, popularizó más su nombre y pudiéndose citar entre nosotros á Juan de la Cueva, Guillén de Castro y Hart-

zenbusch, que, con sus obras inmortales el *Cerco de Zamora*, las *Mocedades del Cid* y la *Jura en Santa Gadea*, han hecho que todos admiren y aplaudan en la escena al héroe castellano. Pero de todos, el que más acertado estuvo para describirle en su *Cid Rodrigo de Vivar*, fue nuestro casi paisano Manuel Fernández y Gonzalez, que con sublime energía lo retrata en la siguiente rendondilla:

“Por necesidad batallo,
Y una vez puesto en la silla,
Se vá ensanchando Castilla
Delante de mi caballo.”

Para concluir, diremos sólo que la historia nos enseña que el Cid y su esposa yacen en el Monasterio de San Pedro de Cardena; que el Cid tuvo un hijo, llamado Diego Rodríguez, que fué muerto por los moros en Consuegra; y que sus dos hijas, Cristina y María, casaron con Ramiro, Infante de Navarra y con Ramón Berenguer III, Conde de Barcelona.

Los hechos del Cid, así los legendarios como los verdaderos, son la encarnación del espíritu de su época, presentándolo cada clase social en el tipo real que realizara sus sentimientos y aspiraciones; y siendo para la nobleza el caballero altivo que obligó á su monarca á prestar juramento ante los Evangelios, y que, agraviado por él, se aparta de Castilla, sin olvidarse nunca de que allí naciera y sin hacer armas contra su soberano; para el pueblo es el castellano de pura estirpe que logra eclipsar la fama de Alfonso VI; y para todos es la representación hermosa y fiel de la edad media y de la hidalga nobleza española.

IX.

Leyenda de D. Ramiro II de Aragón.

Es el reinado de D. Ramiro II de Aragón uno de los más especiales y característicos de aquel reino no sólo por las circunstancias de que se le rodea al comenzar, sino también por el acto de obligada energía que se le atribuye y la abdicación que pone fin al mismo.

Acababa de morir Alfonso I el batallador, rey de Aragón y de Navarra, uno de los monarcas más poderosos de la península, y no teniendo hijos de su matrimonio con D.^a Urraca de Castilla, cuyo enlace no fué afortunado y se llegó hasta la nulidad del mismo, el rey, creyendo que el reino era propiedad particular ó se incluía entre los bienes patrimoniales, lo legó á los caballeros templarios y del Santo Sepulcro, lo que provocó serios disgustos en Aragón, y que se convocaran primero cortes en Borja y luego en Monzón, donde fué proclamado solemnemente Ramiro, hermano del rey muerto, y que era monje en el monasterio de San Ponce de Tomeras ó Thoumieres, cerca de Narbona, y sin hacer caso para nada de las pretensiones de cierto caballero aragonés, por nombre Pedro de Atarés, que se decía descendiente de reyes, como nieto bastardo que era del rey Ramiro I.

Surgen inmediatamente los disgustos entre aragoneses y navarros, por creer estos que no servía el monje elegido para rey y mucho más teniendo necesidad de sostener la guerra contra Castilla, que ya había puesto cerco á Vitoria y tomado algunos pueblos de Navarra; y al efecto se declararon independientes de Aragón con quien estaban unidos, eligiendo por rey propio á García Ramírez, sobrino de Sancho de Peñalén, que con energía suma supo defender la independencia de Navarra, aunque se declarara feudatario de Castilla.

Y como el pensamiento de elegir á D. Ramiro, que había sido abad de Sahagún y después obispo electo de Burgos, Pamplona, Roda y Barbastro, tendía á asegurar la corona en dinastía propia-mente aragonesa, se logró que el papa Inocencio II, según unos, ó el antipapa Anacleto, según otros, le dispensara las órdenes religiosas y votos monásticos que tenía hechos, para que sin esas trabas pudiese contraer matrimonio en edad avanzada con Inés de Poitiers, hermana del duque Guillermo de Aquitania, del que resultó una heredera para el trono, que fué D.^a Petronila, á quien se desposó con Ramón Berenguer IV, conde de Barcelona, lográndose así por este enlace la unión de Aragón y Cataluña.

D. Ramiro de este modo resultó siendo monje, sacerdote, obis-

po, casado y rey, y su pueblo, viendo la debilidad en que estaba sumido el reino y que los castellanos mandados por Alfonso VII penetraban en Zaragoza y reclamaban vasallaje de la monarquía aragonesa, comenzaron á menospreciarle llamándole el rey Cogulla y el rey Cornicol, seguros como estaba de que, por su edad y circunstancias especiales, no podría en manera alguna llevar á la nación á las condiciones de altura y esplendor á que le llevaran sus predecesores.

Nació todo ésto de su excesiva liberalidad para con los nobles, á quienes espléndidamente había repartido todos los castillos y lugares que en su reino le quedaban, de la creencia que se tenía, de que no era apto para las cosas de la guerra, para resistir grandes jornadas ni para entablar negociaciones diplomáticas; lo que desmintió rotundamente el monarca con los preparativos belicosos que hizo en la ciudad de Huesca, y con la embajada á Alfonso VII de Castilla, para que le ayudase contra los navarros, que en algo mejoró la situación del reino, en lo tocante á la guerra, pero que le privó de la ciudad de Calatayud y de otros lugares á la derecha del Ebro, que tuvo que ceder á Castilla.

Entonces aparece el único momento de soberana actitud del rey Ramiro, que la leyenda y la tradición popular han simbolizado en un hecho de suma energía, y que es conocido con el nombre simbólico de la *Campana de Huesca*.

En efecto, nos cuenta la leyenda que el monarca aragonés, descontento de la situación en que se encontraba y del poco aprecio en que le tenían los grandes de su reino, á quienes no podía sujetar en sus levantiscas revueltas, envió secretamente un mensajero de su absoluta confianza al abad de su antiguo monasterio de San Pedro de Tomeras, en cuya prudencia y sabiduría tenía ciega confianza, pidiéndole consejo de lo que debiera hacer en aquellas críticas circunstancias, para sosegar las alteraciones y discordias de su reino.

El monje, que era cauto de suyo, y que bien pronto se hizo cargo de la discreción del que le consultaba, llevó al mensajero á la huerta del convento, y advirtiéndole ante todo que conta-

se al Rey lo que viera en su presencia, fué derribando y desca-
bezando las más altas y lozanas plantas que en la huerta había,
teniendo cuidado de derribar primero las más hermosas y cre-
cidas.

Una vez en la corte el mensajero expresó al Rey lo que había
visto, y el monarca, entendiendo perfectamente lo que aquéllo
significaba, y concebido su proyecto, convocó á todos los ricos
hombres, mesnaderos, caballeros y procuradores de las villas y
lugares, para que se juntasen Cortes en la ciudad de Huesca.
Reunidos éstos, les hizo presente un proyecto particular que ha-
bía concebido, que era el fundir una campana, cuya voz había
de oirse y resonar en todo el reino, para convocar á la gente
siempre que fuera menester. Tan peregrina idea y tan raro pro-
yecto, excitaron la burla de los magnates aragoneses, pero nadie
penetró la oculta y misteriosa significación que envolvían, y con-
fiados aceptaron la invitación del Rey de ir á su palacio, en un
día dado, los principales dignatarios, para acordar particular-
mente algunos detalles relativos á la ejecución de su pensa-
miento.

Por eso, en un día señalado, teniendo en su antecámara per-
sonas de su confianza, mandó comparecer á los ricos hombres
que quería castigar, y que descuidados fueron concurriendo
al palacio del Rey, donde, uno á uno, se les hizo pasar á la es-
tancia en que el verdugo les esperaba, y así perecieron quince
de los principales magnates de Aragón. Sus cabezas, colgadas
en una bóveda subterránea, fueron enseñadas al público, asegu-
rándonos la tradición popular que de entonces en adelante fue-
ron más cautos, comedidos y respetuosos los magnates arago-
neses. Una de aquellas cabezas, colocada en la bóveda á manera
de campana, servía de badajo, y era la de un obispo que había
capitaneado á los próceres.

Hasta aquí la verdadera leyenda. Después sigue la tradición
mezclada con la historia diciéndonos que en aquellas cortes
de Huesca declaró Ramiro su voluntad de dejar la corona y vol-
ver á su convento, pues que ya tenía asegurada la sucesión al
trono. Y así es, que verificados los desposorios de su hija con el

Conde de Barcelona, en él abdicó el monarca aragonés, y se re-
tiró al monasterio de San Pedro el Viejo de Huesca, donde en
la obscuridad pasó el resto de su vida, hasta su muerte, en mil
ciento cincuenta y cuatro. También corre la versión de que su
esposa Inés murió como religiosa.

El origen de esta leyenda lo encontramos en los anales de Zu-
rita, sin que haya gran entusiasmo para seguirla en Mariana,
Ferrerías y otros historiadores, aún los que más se entusiasman
con estos legendarios sucesos, considerándolos como una anéc-
dota, que, á lo sumo, envolvía la realidad de alguna justicia
particular del rey D. Ramiro II de Aragón, y siendo de notar
que ni el arzobispo D. Rodrigo, ni el cronista de Alfonso VII, ni
el anónimo de Sahagun y su interpelador, que fueron los escri-
tores más inmediatos al suceso que se supone, hablan una pala-
bra de un hecho tan ruidoso y que tan honda impresión habría
de haber causado en los ánimos.

La historia, en sus eternas verdades, acepta cuanto hemos in-
dicado referente al corto reinado de este Monarca; y respecto á
la leyenda de la *Campana de Huesca*, que en son de burla se ha
venido llamando por los críticos la *Campanada de Huesca*, la con-
sidera sólo como un cuento forjado para dar color á la inutili-
dad de D. Ramiro, sobre el verdadero castigo ó justicia ejecutada
en mil ciento treinta y seis, en algunos rehenes que se hallaban
en Huesca, según las memorias de Cataluña, que nos refiere el
historiador Zurita, cronista de Aragón, y que pinta de una ma-
nera especial el estado de descomposición del reino, el carácter
levantisco de la nobleza aragonesa y las circunstancias en que
reinó D. Ramiro, el Monje.

Además, este hecho no puede nunca aceptarlo la historia por
que no está apoyado en testimonio alguno fehaciente, los histo-
riadores sólo lo cuentan para contradecirlo y está en abierta opo-
sición con el carácter de Ramiro II, cuyo monarca careció de
valor para las cosas de la guerra y no tuvo tampoco habilidad
para gobernar un estado.

Añádase á esto que el supremo recurso que se quiere conte-
ner en esta leyenda, no ofrece siquiera caracteres de novedad,

pues que igual simbólica respuesta que la dada por el abad de San Pedro de Tomeras, se supone diera en tiempos antiguos Tarquino el Soberbio, rey de Roma, á su hijo Sexto que le consultaba un caso análogo, y que antes se había atribuido por los historiadores griegos á Periandro, tirano de Corinto, consultado por Trasíbulo, tirano de Mileto, sin otra diferencia que la de ser espigas las cortadas en la tradición griega y adormideras en la romana.

Todavía tiene la historia otro dato más para rechazar la autenticidad de esta leyenda, y es que el orden arquitectónico y la forma de construcción de la bóveda en que se supone hecha tal justicia, acusa tiempos muy posteriores á los en que se expresa verificado el hecho, de cuya veracidad tanto se duda; aunque volvió á resurgir la novedad de esta tradición aragonesa al descubrirse, en mil ochocientos setenta y siete en el monasterio de San Pedro el Viejo de Huesca, los sepulcros que se suponen ser de los decapitados.

Pero aún dadas las nieblas y obscuridades de esta leyenda, por lo menos, ya que no añadió verdaderos materiales á la historia, los prestó, y muy notables, á la literatura y al arte, con la hermosa novela de D. Antonio Cánovas del Castillo y el cuadro incomparable de D. José Casado del Alisal.

X.

Leyenda de D. Pedro I de Castilla.

No es posible encontrar en toda la historia de España un reinado tan discutido como el de D. Pedro I de Castilla. Sus condiciones personales de carácter, por un lado; las circunstancias particulares en que vivió, por otro; el ambiente de odios y malquerencias en que fué enjendrado y vivió toda su vida, frente al espíritu de noble benevolencia con que el pueblo español disculpa algunos actos cuando conoce sus causas ocasionales, formaron de este monarca dos personalidades enteramente distintas

y, á través de los tiempos y de las edades, aparece para unos con el denigrante calificativo de *cruel* y para otros con el honroso dictado del *justiciero*.

Tan encontradas opiniones no tienen á primera vista explicación lógica y acertada y, sin embargo, son el reflejo uno y otro de sentimientos, al parecer, donde brillan y se transparentan la imparcialidad y la justicia. Para los unos, los narradores de sus hechos bajo la forma seca y descarnada de la antigua narración histórica, inspirada en la forma especial de contar los hechos de su vida bajo inspiraciones quizá de altas heridas personalidades, no puede ser D. Pedro otra cosa que el monarca sanguinario, que vivió y reinó sólo á merced de sus violencias y de sus crueldades. Para los otros, los que han ido recogiendo en el ambiente popular el eco de las aspiraciones y de las asechanzas, de las aventuras y de las traiciones, de las ilusiones y de los amoríos de D. Pedro, es este rey el único que puede presentarse como encarnación exacta y apropiada de su época, y el que en todos sus actos quiso aparecer siempre ofreciendo holocaustos ante el altar de la justicia.

Y da la coincidencia que, desde el principio y frente á frente, aparecen dos crónicas enteramente distintas en su forma, en su fondo y en sus tendencias, presentándonos cada una de ellas de modo distinto el carácter y condiciones del rey D. Pedro I de Castilla. Es la primera la de D. Pedro López de Ayala, secretario de este monarca, y primero de sus cronistas, y después secretario entusiasta de D. Enrique, que adelantándose al procedimiento que más tarde siguiera Maquiavelo al escribir la historia, presenta los hechos del reinado de D. Pedro desnudos y sin comentario alguno, y parcial á veces en sus tenebrosas habilidades, por ceder al temor ó al odio que le inspirara el rey, refiere las cosas pura y simplemente, dejando que el lector las juzgue como quiera. Es la otra la del obispo de Jaén D. Juan de Castro, también coetáneo de D. Pedro, á quien siempre fué leal; en ella, pintando ante todo la época y los personajes en que se realiza la vida del monarca, justifica todos los hechos de éste, é inspirándose en el ambiente popular, que por su sagrado ministerio conocía me-

por que nadie y haciéndose eco del sentimiento en que la masa de la nación aplaudía los actos enérgicos del rey, fué el primero que con audacia suma, frente á las diatribas virulentas y disfrazadas de Ayala, lanzó la especie de que sólo el título de *justiciero* podía merecer el infortunado D. Pedro que, agriado su carácter desde niño y desterrado de la corte en compañía de su pobre madre, no tuvo más escuela que la de los públicos y vergonzosos amores de su padre y la de las insensatas y atrevidas aspiraciones que, desde mozos, tuvieron sus hermanos bastardos.

Y así, al amparo de esta crónica y de la conciencia popular, que, cual voz por todos repercutida, sancionaba ó disculpaba sus actos de viril entereza, al par que sus debilidades de corazón apasionado, nació la *leyenda de su vida*, la leyenda de su reinado, la leyenda de sus justicias, que á través de los siglos y frente á la historia misma, se va abriendo paso y rehabilitando la memoria de este rey, que más que esclavo de sus crueldades ó de sus caprichos, lo fué del triste destino que le cobijara al nacer y de los variados accidentes con que todos en contra suya amargaron su trabajada existencia.

Sin que descendamos á esa multitud de tradiciones y de cuentos de que está esmaltada toda la vida de D. Pedro, de que son testigos mudos las calles de Sevilla, y que están traducidos en hermosas narraciones poéticas ó interesantes producciones dramáticas, diremos que el pueblo español ha sabido, merced á su instinto y apoyándose en la crónica tan discutida de aquel ministro del Señor, crear y dar vida exuberante y rica á la *leyenda* de D. Pedro, pretendiendo borrarle el nombre de *cruel*, y presentándolo desde niño alejado de la corte, sin intervención alguna en los negocios del reino, escudado sólo en el cariño de su desgraciada amorosa madre, puesta en peligro siempre su vida y siempre bajo el odio de la manceba de su padre y de los hijos de estos adulterinos amores. Y cuando comienza á reinar, aquellos sus enemigos no dejan de serlo, declaran abiertamente sus aspiraciones, y comienza esa serie de revoluciones en su contra que llegaron á agriar más y más su carácter y á hacerle realizar ac-

tos de violencia, que de otro modo quizá no hubiera realizado nunca.

Sigue la leyenda de su reinado mostrando la deslealtad de don Alfonso Fernández Coronel, tan elevado por las mercedes del rey, sólo por la recomendación de su canciller D. Juan Alfonso de Alburquerque, presentándose enfrente del monarca y sublevado en la villa de Aguilar, y todo esto mientras la enfermedad del rey. Y luego Alburquerque, siendo tirano del mismo don Pedro y gobernando el reino á su antojo, lo que hace que aquel se pusiese contra él y atajara sus planes, los que no pudo realizar por la energía del monarca y por la voluntad de Dios, que le quitó la vida. Siguen las conspiraciones, y Garcilaso de la Vega por un lado y los Núñez de Lara por otro, tratan de arrebatar al rey su poder y sus posesiones, y D. Pedro, ejercitando legítimo derecho, los vence á todos y sus obligadas justicias ponen término á estas conspiraciones, aunque dén ocasión á sus detractores para juzgarle despiadadamente.

Renacen de nuevo las ambiciones insensatas de sus hermanos, y coaligados todos en su contra, á unos los perdona, á otros los vence y á otros los ejecuta, que no por ser sus hermanos podían estar exentos de sus justicias, inspiradas más que nunca por el odio que desde niño aquellos le profesaban. Igual suerte corren una tía suya y un primo del rey, así como algunos nobles y servidores íntimos, que quieren aparecer como leales á su lado, y no son más que espías declarados de sus contrarios.

Legendaria es también la muerte que mandara dar al intruso rey de Granada Abu-Said, el Bermejo que, después de matar al rey Ismael y de tratar secretamente de ponerse en contra de D. Pedro, viendo que no se realizara todo cual pensara, fué á Sevilla, y solapadamente trata de engañar al monarca castellano, que no le perdona su traición y con todas las formalidades y juicios se le sentencia, y es ejecutado en los campos de Tablada, por regicida y usurpador de un trono.

Todavía está rodeada de caracteres más extraordinarios la muerte de su hermano D. Fadrique, maestre de la orden de Santiago, el más traidor de todos ellos, según la conciencia popular,

pues que no solo formó parte de todas las conspiraciones para arrebatarle el trono, sino que, si hemos de dar crédito á los romances de aquella época y á otros documentos de la misma, quizá infamantes, trató de arrebatarle, ó fué suyo antes que de D. Pedro, el corazón de su esposa, víctima propiciatoria también de las iras del monarca, y á quien la leyenda, con más ó menos justificaciones, hace infiel á su marido, y tal vez coautora de las conspiraciones que diariamente se fraguaban en contra de la vida de D. Pedro y para arrebatarle el trono; en cuyas conspiraciones entraron todos y justificaron cumplidamente todas sus justicias, que tienen y tendrán siempre explicación ante la conciencia pública, como no la tendrá nunca el infame fratricidio que en su persona realizara D. Enrique, de manera cobarde y alevosa en los campos de Montiel.

Así se nos presenta á D. Pedro, según la leyenda popular, como idólatra de la justicia, aspirando á lo imposible, con superior nobleza de ánimo, con carácter entero, inflexible y perseverante, limpio de falsas hipocresías, perseguido por todos y á todos venciendo con su carácter de hierro, hasta que es vencido por la traición; ejecutor de sus justicias en juicios sumarísimos; amante de la belleza femenina más que del placer grosero, sus amadas fueron los tipos de la más exquisita belleza, no como su padre, que amaba más por el placer brutal que por los amores ideales y que, habiendo ejercitado multitud de justicias cruentas, por todos se le llamó *justiciero* y nadie soñó en llamarle *cruel*.

Este es el D. Pedro de la leyenda, el que empezó á dibujar magistralmente la crónica del obispo de Jaén, y siguieron con fortuna hasta nuestros días Gratia Dei, cronista de los Reyes Católicos, D. Francisco de Castilla, cronista de Carlos V, Luis de Cabrera, Salazar y Mendoza, el Conde de la Roca, el profesor de Valladolid D. José Ledo, los académicos de la historia D. Francisco Javier de Salas y D. Aureliano Fernández Guerra, D. Joaquín Guichot y otros innumerables historiadores, críticos, poetas y autores dramáticos que, sin rebozo le asignan ya á D. Pedro el título de *justiciero*, con la misma serenidad de jui-

cio y recto criterio con que el rey Felipe II se le asignó, desde el momento en que se tuvo conocimiento de la crónica imparcial y justísima de D. Juan de Castro.

Frente á éstos, y enamorados de la artificiosa crónica de don Pedro López de Ayala que sin distingos le asignara el título de *cruel*, con que á través de las edades le conoce la historia, figuran el cronista de D. Pedro Niño, Abenjaldún, Pedro el Ceremonioso, el arzobispo de Sevilla Alvarez de Albornoz, el P. Mariana, Ferreras, el P. Flores, D. Francisco Martínez de la Rosa, D. Modesto Lafuente, Ferrer del Río y la generalidad de las historias escritas en los últimos tiempos, por que todas ellas entienden ser *crueledades* los actos realizados por D. Pedro durante su reinado.

Por eso la historia corriente y al alcance de todos, la que por todos se aprende, nos muestra á D. Pedro de carácter duro é irascible, sanguinario y cruel en todas sus determinaciones, aunque no pueden menos, como la leyenda de su vida, de encontrar el origen de todo ello, en el abandono y alejamiento de la corte en que se desarrollaron sus primeros años, frente á la insultante grandeza de D.^a Leonor de Guzmán, querida de su padre, y el altanero orgullo y descaradas ambiciones de sus hermanos bastardos; lo que da origen á la muerte de esta señora, más bien por la justicia de la viuda de Alfonso XI que de D. Pedro, empezando á exteriorizarse las rebeliones de D. Enrique y D. Tello, durante la enfermedad del monarca, y las de Garcilaso de la Vega y otros, que pagan con la muerte sus rebeliones.

De las Cortes de Valladolid, convocadas por el Rey, nace el ordenamiento de menestrales y disposiciones favorables al comercio y á la industria, viniendo después su casamiento con D.^a Blanca de Borbón y sus amores con D.^a María de Padilla y D.^a Juana de Castro, que todas aparecen como reinas de Castilla, así como las ligas de los bastardos y los nobles, en contra del rey, en que primero van venciendo y después tienen que deshacer la liga y salir precipitadamente de España.

Sucede después la guerra con Aragón, en que D. Enrique pelea contra el rey; la guerra de Granada, que cuesta la vida al

usurpador Abu-Said, y las ejecuciones de sus tres hermanos D. Fadrique, D. Pedro y D. Juan, del infante D. Juan de Aragón, de su tía la reina D.^a Leonor, y de otras muchas más que, en sentir de la historia, le conquistaron el título de *cruel*, y despertaron más fuerte que nunca la guerra civil, donde con auxilios de Francia é Inglaterra, respectivamente, lucharon con varía fortuna, D. Pedro y D. Enrique, hasta que al cabo, la traición hizo vencer á éste en los campos de Montiel, donde con auxilio extraño, él mismo asesinó á D. Pedro, para que allí se le alzara sobre el pavés como á soberano de Castilla.

Tales son los dos aspectos, como hoy y antes, en que se considera al rey D. Pedro. Ya podemos asegurar que la leyenda de su vida y reinado y su rehabilitación como monarca *justiciero*, van ganando muchísimo terreno, hasta el punto de que no son contados, sino muchos, los que le asignan tal carácter, y los que entienden que sólo este dictado merece, y que el de *cruel* sería justificado si hubiera vivido en época distinta á aquélla en que se desarrolló su perseguida existencia.

¿Cuál es el fundamento de esta reacción tan favorable á D. Pedro I de Castilla? No es otra que la oportuna aplicación de la crítica á la llamada *leyenda de D. Pedro*, el conocimiento aproximado de su época, el estudio imparcial de su reinado y la situación en que se encontraba la levantisca nobleza de su tiempo; que con estos factores va ya presentándose de otro modo su carácter, y es posible que llegue un día en que, borrado para siempre el nombre de *cruel*, se muestre sólo entre nimbos de gloria y esplendores de *justicia*.

Por eso la tradición popular, encarnada en lo que era la España de aquel tiempo, le presenta como al Rey popular por excelencia, enemigo de los grandes, defensor de los pequeños, el rey nivelador, el rey demócrata, viendo grandeza hasta en sus defectos, y teniendo á sus pies, al morir infamemente asesinado, un pueblo que le llora y un carácter amoldado por la historia y sancionado por la tradición.

Añádase á esto, que fué D. Pedro la encarnación en el trono del espíritu feroz y sanguinario de una época en que libraban

guerra á muerte la aristocracia y la monarquía; en que el poder real iba cercenando los privilegios de la nobleza, cuya fuerza era inmensa y que sólo era posible contrarrestar por el terror, y se comprenderá todos sus actos de aparente crueldad, que disfrazaban obligadas justicias, y que hicieron nacer esas contrarias opiniones acerca del juicio vario que á unos y á otros merece su turbulento reinado.

Y es en vano que por sus apasionados detractores se diga que, lisonjeado por astrólogos con vaticinios de prosperidad, sólo tuvo el antojo por norte de su vida, y que no fué valedor más que de sus ballesteros de maza, á quienes honraba como privados para que le sirvieran de verdugos; pues hasta la misma historia, que le apellida *cruel*, le presenta de otro modo y en otra forma constituida su corte; y buena prueba de ello son las palabras de su asesino sucesor, D. Enrique, cuando recomendaba á su hijo D. Juan I, como tipos y modelos de lealtad y de nobleza, á los que habían sido consejeros de D. Pedro.

De su tiempo data la elevación de las gentes del estado llano y la muerte intentada del feudalismo; fué entusiasta por el progreso de la nación y amigo descarado de la oligarquía de la grandeza, lo que si le acarreó enemigos y le creó conspiradores en su reino, le hizo aparecer con la franca expresión de su carácter altivo y con aspiraciones nobles y elevadas, soñando con unir á sus estados la corona de Aragón y la de Portugal, y dando nombre á la nueva Castilla con los terrenos conquistados.

Tuvo siempre la aspiración de aumentar á toda costa la autoridad soberana, manteniendo en justicia al pueblo, desarrollando el comercio, la agricultura y la industria, vigorizando las comunidades, y creando con sus acertadas medidas la clase media española. Á todo esto sus esfuerzos se encaminaron, y á algo más, pues dió nueva vida al *Fuero real* y á *las Partidas*; hizo aparecer el *Fuero viejo de Castilla*; alivió de gabelas injustas á los pueblos; separó á mudéjares y judíos en barrios distintos de las ciudades y les dió jurisdicción especial, y puso coto á los desmanes de la justicia, dando audiencia pública dos veces cada semana.

Agréguese á esto su arrojo, valentía, perseverancia, espíritu caballeresco y hazañoso, corazón dispuesto á crecer á la vista del peligro, deseoso de que la ley fuera igual para todos sus vasallos, su fino y perpétuo amor por una sóla mujer, aunque burló á muchas, según el espíritu de aquella época romancesca, y se verá con cuánta razón y con qué prendas subyugó la afición y el entusiasmo de las muchedumbres, que siempre simpatizan con caracteres como el suyo, y que á todo trance hubieran impedido, con sus eternas tradiciones, que se le hubiese apellidado el *cruel*, á no ser porque su hermano D. Enrique, después de asesinarle, comenzó la egoísta era de las *mercedes*, y arrojó, para que se lo disputaran entre sus secuaces, su manto real hecho girones.

No es esto decir que en absoluto podamos reconocer que en todo lleva razón *la leyenda del reinado* de D. Pedro I de Castilla. No ha sonado aún la hora de su definitiva rehabilitación. Hoy sólo podemos afirmar, sin temor de equivocarnos, que aquel monarca desgraciado y que con otros antecedentes, con otra familia y en otro tiempo, con sus excelentes condiciones de carácter hubiera podido ser un Rey no discutido, tuvo que realizar obligadamente *crueledades* que quizás fueran *justicias* ó *justicias* que sus enemigos de siempre despiadadamente han calificado de *crueledades*.

En resumen, y bien á mi pesar, la cuestión queda en pie, aunque ganando mucho terreno el concepto favorable al monarca castellano. Y aunque la crónica, la historia, el romancero y el teatro le presenten de uno y otro modo, siempre resultará más simpática la figura de D. Pedro, ejercitando los fueros de la realeza y amparando los derechos de todos, que siendo el déspota cruel y sanguinario, obediente sólo á su voluntad y su capricho, y desconocedor de los altos deberes que todas las leyes divinas y humanas imponen á los encargados de la suprema dirección de los pueblos.

Todavía no podemos juzgarle con serenidad de juicio; aún existen acusadores y defensores de su memoria; porque aún no ha llegado el caso que tanto se desea para restablecer los fue-

ros de la verdad histórica, de que se conozca, cual debe conocerse, la edad media española y, sobre todo, la época en que reinara el desgraciado hijo de Alfonso XI. Cuando llegue ese deseado momento se comprenderá con cuanta razón decía el gran cantor de sus glorias, D. José Zorrilla, refiriéndose al desconocimiento de los tiempos en que D. Pedro reinara, que

“Hoy no podemos juzgar
Aquel modo de vivir,
Aquel modo de reinar,
Aquel modo de matar,
Ni aquel modo de morir.”

* * *

Tales son Excmo. Sr., las leyendas estudiadas referentes á la edad media española, que como principales hemos analizado. Muchas más pudiéramos haber mencionado por que son innumerables las que se citan en este especial periodo histórico. Pero ninguna de ellas tiene la importancia y significación que las reseñadas; aunque todas presten materiales preciosos á la historia, y sean un auxiliar de grande importancia para los que quieran conocer la vida interna de nuestra nación en aquella edad, de constante lucha y de guerra sin cuartel entre moros y cristianos, y en sus comienzos entre civilizaciones y creencias de procedencia distintas y aspiraciones diversas.

Entre las no analizadas se ofrecen á nuestra consideración las relacionadas con los reinados de D. Alfonso VIII, D. Alfonso X, don Fernando IV y D. Enrique III. Y á seguida surge la esplendorosa figura del vencedor de las Navas, ciegamente enamorado de una judía hermosísima llamada Raquel, y el monarca, en su ciego desvarío, abandonándolo todo y dejando crecer el poderío musulmán, hasta que la Rota de Alarcos y los consejos de los nobles y las amenazas del pueblo embravecido, le hacen abrir los ojos á la luz de la realidad, y dedicado exclusivamente á los negocios del reino, se prepara á la guerra y vence bien pronto á los árabes en la santa cruzada que se predicó á sus instancias, y que le dió el triunfo el dieciseis de Julio de mil doscientos doce.

A seguida aparecerá el rey Sabio con alardes de su grande poder intelectual, y de sus superiores estudios astronómicos, queriendo con una frase enmendar la obra suprema de la creación, y arrepentido después de esta blasfemia y aterrorizado por terrible tempestad, condolido y lloroso nos lo muestra la leyenda expiando su falta con mortificaciones y oraciones fervorosas, vistiéndolo su cuerpo con tosco sayal y ciñendo cordón franciscano, y quedando en recuerdo de estos sucesos *la sala* llamada *del Cordón* en el antiguo alcázar de Segovia.

También pudiera citarse la tradición por demás conocida de don Fernando IV, referente á su *emplazamiento* ante el tribunal de Dios en el espacio de treinta días, al ser inexorable ó equivocar su cruel justicia en la persona de los hermanos Carvajales, á quienes, quizá sin fundamento, se les acusa y se les sentencia, sin pruebas concluyentes, á ser despeñados de modo horrible y con suplicio espantoso por la peña de Martos, creyéndoles los matadores é instigadores de la muerte de un noble cortesano.

Y además, se puede recordar también en aquellos tiempos la leyenda de la época de Enrique III á que la poesía tituló *del gábn del rey niño*, que no viene á significar otra cosa que el estado de rapacidad y casi de secuestro en que los nobles tuvieron á aquel rey enfermizo y débil, que en pasajero momento de energía al saber que faltaban recursos en palacio para las necesidades más precisas de la vida, cita á sus magnates, y sin distinción de personas ejecuta ejemplar justicia, que tiene por base la devolución de cuanto habían arrebatado de las arcas del estado.

Y si de estas leyendas romancescas pasamos á las innumerables que corren de los tiempos en que se desarrollaron las guerras de Granada, en aquel período de transición entre la edad media y moderna de nuestra historia, podríamos ver aparecer la simpática figura de Muza, el esforzado apóstol de la resistencia, huyendo de Granada cuando vé que son inútiles todos sus esfuerzos para contener á su pretendido hermano Boabdil en sus planes de rendición. Nos enamoraría el fantástico y legendario desaffo de Tarfe y Garcilaso que, si la historia rechaza por anacrónico, la leyenda acoje y el drama repite anualmente como ex-

presión apropiada de aquellos lances de honor tan frecuentes en dicha guerra. Evocaríamos también la figura gigantesca de Pulgar clavando el cartelón con el nombre de María y el acta de la toma de posesión de la ciudad en la enrejada puerta de la gran mezquita granadina. Y, por último, mostraríamos las figuras tristes de Aixa y Boabdil dando el *suspiro* aquel tan condolido al perder para siempre su ciudad querida, que si la crítica histórica rechaza como incierto, la tradición popular, magistralmente cantada por Alarcón, le ha prestado exuberante vida y ha dado á conocer que, si los régios desterrados no lanzaron este suspiro, aquellos sitios lo pregonan desde entonces, pues no era posible que ocurriera otra cosa cuando, al trasponer por última vez las lomas del Padul, veían por última vez también este paraíso encantado de delicias que se llama Granada.

Pero aunque todas estas tradiciones y leyendas están rodeadas de los seductores encantos del pasado, no entra en nuestro propósito el analizarlas, ya que las unas no aprestan materiales hermosos á la historia dentro de la edad media española; las otras casi están fuera de ella y más bien bastardean que legitiman el hecho histórico; y unas y otras, al describirlas en detalle aunque somero, como las anteriores que hemos estudiado, harían interminable este discurso, abusaría yo en extremo de vuestras bondades, y no se lograría con ello ningún fin práctico ni beneficioso para la historia, que son los supremos y altísimos ideales que perseguimos con este trabajo.

* * *

He terminado, Sr. Excmo., la tarea que me propuse, presentando á vuestra superior ilustración el exámen de algunas leyendas y tradiciones relacionadas con la edad media española; ya hemos visto en el análisis de las mismas su beneficioso influjo para la historia y cómo van marcando de modo admirable el espíritu de la época que les dió vida, y cómo todas ellas demuestran de modo singular los hermosos caracteres de esa edad de nuestra historia donde se refleja cual en ninguna otra el espíritu

religioso, con la fé inquebrantable que en ella alienta por doquiera y el espíritu guerrero atrevido y caballeresco que impulsa las acciones épicas y grandiosas que la caracterizan.

Más antes de abandonar este sitio, al que creo no volveré más en análogas funciones, séame permitido expresaros con frases cortas, pero claras y nacidas del alma, cuales son mis creencias sobre nuestra augusta función docente, mis aspiraciones sobre esta casa y mis deseos para eternizar su gloriosa historia.

Entiendo, señores, que debemos proseguir, sin desmayos y con el entusiasmo hermoso de que siempre dimos ejemplo, la labor fecunda de la enseñanza, por ella misma, sin miras interesadas, gozando con el triunfo de nuestros alumnos, y con el prestigio que en sus trabajos y descubrimientos científicos alcance cualquiera de nosotros; trabajando sin descanso por la regeneración de la pública enseñanza bajo plan fijo y armónico y elevando nuestra misión docente á la altura que se merece y reclaman de consuno los modernos adelantos de la ciencia y los prestigios de que debe gozar el profesor en las esferas oficiales y en la vida social; educando á la juventud que acude á nuestras aulas en la ley hermosa del trabajo y en el sentimiento de los santos ideales de la patria y de la fé, que la hará, al salir de aquí con el bagaje intelectual adquirido, legión de ciudadanos prestigiosos y honrados, que serán lenguas que pregonen por doquiera que cuanto sean y valgan lo deberán sólo á las acertadas enseñanzas que recibieron en esta Escuela.

Para ella quiero que se la engrandezca y sublime y que todos unidos con unión inquebrantable á ello aspiremos, no habiendo duda alguna de que éstos deseos se irán cumpliendo, hermanando las hermosas tradiciones de trabajo y doctrina, que en ella se atesoran, con las nuevas direcciones de la enseñanza y del estudio, y aplicando fuera de aquí (si fuese preciso) nuestros esfuerzos, que á ello estamos obligados por deber moral como ciudadanos y como profesores; y para levantar y agrandar más y más los merecidos prestigios de que goza esta nuestra querida Universidad, de la que siempre debemos ser entusiastas amparadores nosotros mismos y sin necesidad de auxilios extraños.

Los que somos viejos en ella recordamos que, á derecha é izquierda de la puerta de entrada de este paraninfo, había escritas dos hermosas leyendas, que decían: "*Initium sapientiæ est timor Dei*,"—"*Non plus sapere, quam oportet sapere, sed sapere ad sobrietatem*," y que representaban la sublime tradición filosófico-cristiana de esta casa de estudios.

Mano desconocedora del espíritu que las animaba, enamorada de novedades insanas, ó pretendiendo romper de modo violento toda nuestra historia, creyó, borrándolas de un sólo brochazo, concluir con ellas y con los prestigios que á su sombra alcanzaron los discípulos de Suárez y de los que siguieron sus hermosos derroteros. Se equivocó quien tal pensara: la tradición católica continúa; no ha vacilado un sólo momento; y hoy, como antes de este suceso, se recuerda con entusiasmo la preclara ascendencia de los maestros que asentaron sobre esas bases la ciencia del saber en este recinto.

Y ahora, señores, escudado con los precedentes que ofrece la historia de este establecimiento docente, séame permitido que yo, representante aunque indigno de la Facultad de Filosofía, primera de las aquí establecidas, y la que escribió esas leyendas, me atreva á pedir al varón prudente y cristiano que nos preside, mande grabarlas en dos trozos de mármol purísimo de nuestra nevada sierra y, colocadas donde antes estuvieron escritas, sean centinelas avanzados de la pureza de nuestras enseñanzas y testimonio hermoso de que no se han roto las gloriosas tradiciones de esta imperial Universidad de Granada.

*
* *

Mis últimas palabras han de ser para vosotros, jóvenes alumnos de esta casa, que no por ser las últimas, han de ser las menos sentidas y expresivas. Recordad que siempre las últimas palabras de despedida de un padre cariñoso encierran todo el tesoro de amor que anida en su alma; y sin exageración nos podemos considerar como vuestros padres en el terreno científico,

é interesados, como vuestros padres naturales, en el desarrollo y engrandecimiento de vuestros afectos y sentimientos morales.

Yo de mí sé deciros que os he dedicado mi vida toda y que pienso dedicaros lo que me reste de ella, por superior disposición divina y por variable precepto de la ley; y siendo así, los consejos que os dé en estos momentos han de ser sólo hijos del interés vivísimo que siempre me inspirásteis.

Por eso os ruego que, ante todo, veáis en nosotros los seres más interesados en vuestros adelantos y en vuestros progresos científicos. Vuestros triunfos de hoy y los que alcancéis el día de mañana serán, á más de vuestra gloria, la nuestra y la de esta casa, que hoy os recibe casi niños, y quiere, al cabo de algunos años, devolveros á la Sociedad con inteligencia cultivada, espíritu sano y entusiasmos no amortiguados para realizar vuestra misión social.

Estudiad, y estudiad con afán y sin descanso. Oid muy atentamente la selección de doctrinas de vuestros maestros para encaminaros siempre por la senda del bien, de la belleza y de la bondad. Huid del grosero materialismo que todo lo esteriliza y todo lo mata, del positivismo que todo lo empequeñece, y del frío egoísmo que destruye todas las ambiciones y roba á vuestros juveniles corazones las nobles aspiraciones que abrigan en su seno.

Uníos, pero con unión acertada y bien dirigida, para todo lo noble, todo lo bueno y todo lo que redunde en beneficio de vuestro acervo intelectual, ó en bien de la Sociedad á que os debéis ahora y siempre; haced renacer las antiguas academias universitarias; formad centros de discusión y de estudio, para que desde jóvenes os acostumbréis á resolver los problemas científicos, y que sean base de vuestros trabajos para adquirir el codiciado premio de fin de año, que no dudo, atentos desde hoy á las tradiciones hermosas de esta casa querida, recogeréis con afán, viendo el que lo recibe el galardón de sus trabajos, y los demás participando de su gloria, que es la de todos.

Que el recuerdo de este día, de gozo profundo para profesores y alumnos, no se borre nunca de vuestra memoria, como no

se ha borrado aun de la mía el primero análogo al que asistí, y eso que ya habéis oído la larga fecha que alcanza.

Y por último, vosotros que el día de mañana desempeñareis en la vida social funciones importantes, fijáos en la hermosa grandeza y en la lección provechosa que se desprende para la historia de esas leyendas que hemos estudiado, para marcar la época heroica de nuestra edad media; recordadla siempre; ved que fué grande esa edad, porque fué creyente y esforzada, y estudiando nuestra historia toda, veréis también repetido el fenómeno siempre que se armonizaron esos dos hermosos caracteres; armonizadlos vosotros en vuestra vida, que así tendré la consoladora esperanza de que seréis utilísimos para nuestra querida patria, porque, al salir de esta nuestra amada Universidad, concluidas vuestras carreras, salisteis siendo católicos fervorosos y entusiastas españoles.

HE DICHO.

